# LOS HOMBRES de la historia

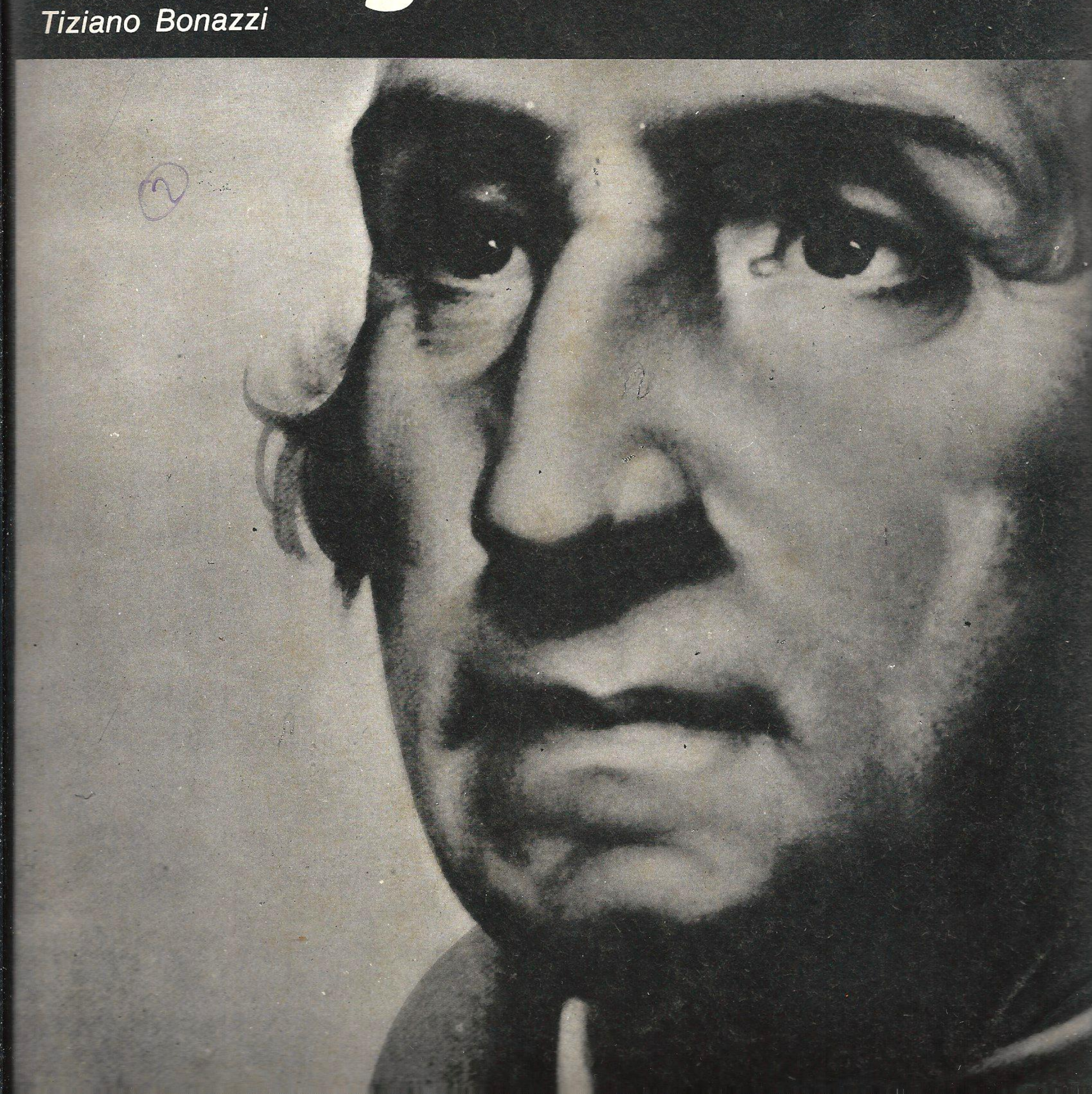
La Historia Universal a través de sus protagonistas

108

# Washington

Centro Editor de América Latina

Tiziano Bonazzi



# LOS HOMBRES de la historia



Convertido en mito en su propio país, George Washington, primer comandante del ejército norteamericano, primer presidente de los Estados Unidos, es uno de los personajes más desconocidos de la historia americana. Envuelto en la leyenda, obligado a llevar, también después de muerto, la carga de unificador de la patria, regenerador de sus virtudes en los momentos de peligro, motor inmóvil de la civilización americana, los historiadores no han podido ocuparse de él más allá de los límites de la hagiografía.

Sin embargo, es necesario liberarse del mito de Washington si se desea penetrar en su personalidad y comprender su papel en la historia americana del período revolucionario.

No es tarea fácil ya que, ante él, los sucesos más dramáticos adquieren el carácter de una rutina familiar. Estamos nuevamente en los límites del mito. Y, como todo mito, también éste suscita más reverencia que amor.

Comprender y aceptar la grandeza de George Washington resulta cosa difícil para el hombre de hoy sobre todo porque no poseía aquellas dotes brillantes, extraordinarias, que exaltan la imaginación y permiten pensar en un héroe. Es preciso empero hacer un esfuerzo y adentrarse en su verdadera personalidad: Washington creía en el bien y en el mal, dos conceptos contrapuestos y distintos y, sobre todo, claramente identificables; creía que se tenía el deber de perseguir el bien, porque de ello se derivaban resultados justos para todos; como consecuencia, buscaba con constancia el bien, actuando con lógica y no negándose a cumplir lo que la razón le indicaba. De este modo se creó una seguridad y claridad interiores que le daban la posibilidad de afrontar serenamente cada situación. Y de ello también se derivó la carga de optimismo que lo acompañaba y lo impulsaba a actuar, porque cada acción era un problema a resolver, no un misterio.

El racionalismo europeo del siglo XVIII que desembocó a fines del siglo en el neoclasicismo, produjo en la orilla opuesta del Atlántico una personalidad de dimesión clásica, un héroe de típicas características romanas.

Nació el 22 de febrero de 1732 en Virginia, EE. UU., y murió en Mount Vernon el 14 de diciembre de 1799.

Ultimos títulos publicados en esta colección:



**Esta obra fue publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán**
**Director Responsable: Pasquale Buccomino**
**Director Editorial: Giorgio Savorelli**
**Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti**

108 - Washington - La Revolución Francesa y el período napoleónico

**Este es el segundo fascículo del tomo La Revolución Francesa y el período napoleónico (Vol. 2)**
**La lámina de la tapa pertenece al tomo La Revolución Francesa y el período napoleónico (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal**

Ilustraciones del fascículo Nº 108:

**Arborio Mella; The Bettman Archive, N. York: p. 30 (2); p. 32 (4); p. 35 (1, 2, 3, 5); pp. 42-43; p. 45 (1); p. 46 (1, 2); p. 50 (1, 2, 3); p. 52 (2); p. 55 (1); p. 56 (1).**
**USIS: p. 30 (1); p. 32 (1, 2, 3,); p. 35 (4) p. 37 (1); p. 38 (1, 2, 3,); p. 40 (1, 2, 3); p. 52 (1)**
**Tapa: Retrato de George Washington, pintado después de su muerte. P. Peale (USIS)**

**Traducción de Antonio Bonanno**


**Piedras 83 - Buenos Aires**
**Hecho el depósito de ley**
**Impreso en la Argentina - Printed in Argentina**
**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Junio de 1970.**

# Washington

*Tiziano Bonazzi*

**1657**
El primero de los Washington, John, se establece en Virginia.

**1732**
22 de febrero. Nace George Washington, primer hijo de Augustine Washington y de Mary Ball.

**1743**
12 de abril. Muere Augustine Washington.

**1748**
Comienza su actividad de agrimensor por cuenta de lord Fairfax, en las regiones aledañas a los montes Allegheny.

**1752**
Luego de la muerte del hermanastro Lawrence obtiene el cargo de mayor de la milicia de Virginia.

**1753**
31 de octubre. Como voluntario se traslada a Fort Le Boeuf, Ohio, para llevar a los franceses un ultimátum de Dinwiddie. gobernador de Virginia.

**1754**
Como teniente coronel de la milicia de Virginia dirige la guerrilla contra franceses e indios en los montes Allegheny.

**1755**
Como ayudante de campo participa en la desafortunada expedición del general Braddock contra Fort Duquesne.

**1755-1758**
Coronel comandante de la milicia de Virginia, conduce la defensa contra franceses e indios en los montes Allegheny.

**1756**
Inglaterra y Francia se declaran la guerra; comienza la guerra de los Siete Años.

**1758**
24 de julio. Es elegido diputado en la Cámara de los burgueses de Virginia. A la cabeza del regimiento virginiano toma parte en la expedición del general Forbes contra Fort Duquesne.

**1759**
6 de enero. Renuncia a la milicia y se casa con Martha Dandridge Custis. La flota inglesa destruye a la francesa en la batalla de la Bahía de Quiberon, y el general Wolfe arrebata Quebec a los franceses.

**1761**
Reelecto en la Cámara de los burgueses.

**1763**
Con la paz de París se concluye victoriosamente para Inglaterra la guerra de los Siete Años y los franceses pierden casi todas sus posesiones en América.

**1765**
Con el *Stamps Act* el parlamento inglés impone una tasa de sellos en las colonias americanas.
16 de julio. Washington es elegido en la Cámara de los burgueses por el condado de Fairfax; pero no se encuentra presente cuando la asamblea vota una serie de resoluciones en favor de los derechos de las colonias.

**1766**
A continuación de las violentas reacciones populares, el parlamento inglés abroga el *Stamps Act*.

**1767**
El parlamento inglés aprueba los denominados *Townshend Acts*, con los que se imponen impuestos aduaneros sobre el té y otros productos.

**1769**
Washington hace aprobar a los miembros de la Cámara de los burgueses, disuelta por el gobernador, un plan de boicotaje a los productos ingleses.

**1770**
El parlamento inglés abroga los *Townshend Acts*.

**1773**
6 de diciembre. Un grupo de bostonianos disfrazados de indios destruyen la carga de té de algunas naves fondeadas en el puerto.

**1774**
Los miembros de la asamblea de Virginia, disuelta por el gobernador, invitan a todas las colonias a un congreso para decidir una acción unitaria. Washington es elegido entre los siete delegados virginianos.
Setiembre. Se reúne el primer Congreso Continental en Filadelfia.

**1775**
En la primavera ocurren los primeros encuentros entre tropas inglesas y voluntarios americanos en la zona de Boston.
10 de mayo. Se reúne el segundo Congreso Continental en Filadelfia. Washington es el delegado de Virginia.
16 de junio. Es nombrado general comandante en jefe del ejército americano.

**1776**
17 de marzo. Howe abandona Boston, que es ocupada por el Ejército Continental.
2 de julio. El Congreso aprueba la Declaración de Independencia.
27 de agosto. Howe vence a Washington en la batalla de Long Island y ocupa Nueva York.
25 de diciembre. Con una acción por sorpresa Washington captura 1000 mercenarios alemanes en Trenton.

**1777**
11 de setiembre. Howe vuelve a derrotar a Washington en la batalla de Brandywine Creek y ocupa Filadelfia.
17 de octubre. Burgoyne se rinde en Saratoga.
Diciembre. Washington establece los cuarteles invernales en Valley Forge.

**1778**
6 de febrero. Estados Unidos y Francia firman un tratado de alianza.

**1781**
Agosto-octubre. Campaña de Yorktown, que culmina en la rendición de Cornwallis a las fuerzas francoamericanas.

**1783**
Enero. Armisticio con Inglaterra.
Setiembre. Tratado de paz en París.

**1786**
Setiembre. Convención de Annapolis en la que se origina la de Filadelfia.

1

2

1. *La casa natal de George Washington en una antigua ilustración* (Usis).

2. *El joven Washington, superintendente de las posesiones de lord Fairfax, en 1748* (The Bettmann archive).

**1787**
28 de marzo. Elegido como delegado de Virginia en la Convención de Filadelfia.
25 de mayo. Elegido como Presidente de la Convención de Filadelfia.
17 de setiembre. Firma de la Constitución federal por parte de los delegados.

**1788**
Virginia adopta la Constitución.
Se proclama oficialmente la vigencia de la nueva Constitución.

**1789**
4 de febrero. Washington es elegido por unanimidad Presidente de los Estados Unidos.
30 de abril. Toma posesión de su cargo y se establece en Nueva York.

**1790**
Setiembre. Filadelfia, nueva capital temporaria de los Estados Unidos.

**1792**
5 de diciembre. Washington es reelegido por unanimidad Presidente de los Estados Unidos.

**1793**
22 de abril. Declaración de neutralidad de los Estados Unidos en la guerra entre Francia e Inglaterra.
31 de diciembre. Renuncia de Jefferson a su cargo de ministro de asuntos exteriores.

**1794**
Setiembre-noviembre. Estalla en Pennsylvania la "rebelión del whisky", que es rápidamente sofocada.
En Londres, John Jay firma un nuevo tratado con Inglaterra.

**1795**
31 de enero. Renuncia de Hamilton a su cargo de ministro del Tesoro.

**1797**
Marzo. Washington vuelve a Mount Vernon luego de la ceremonia de asunción del nuevo presidente John Adams y se retira definitivamente de la vida política.

**1798**
Julio. Washington es nombrado lugarteniente general y comandante de las fuerzas armadas americanas.

**1799**
14 de diciembre. George Washington muere en Mount Vernon.

**El mito de Washington**

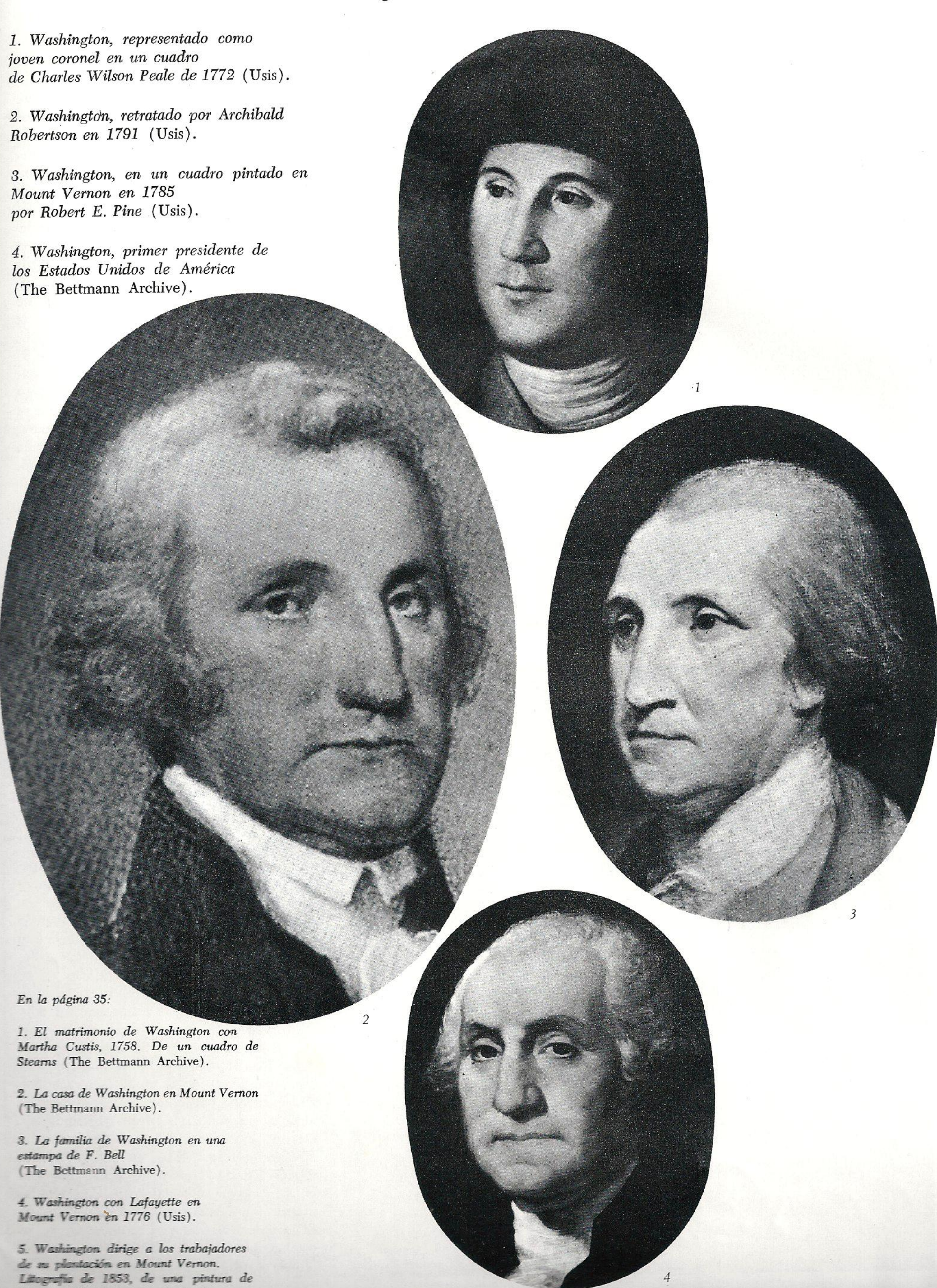
Un obelisco blanco de más de 180 metros de alto, que se refleja en un lago rectangular en el centro de un enorme prado, es el monumento que los norteamericanos han erigido a George Washington en la ciudad a la que ya habían dado su nombre. En un extremo del prado está la masa blanca del Capitolio, la sede del parlamento; en el otro, el mausoleo de Jefferson y, detrás del mismo, la Casa Blanca, y alrededor, semiescondidos por altos árboles, una serie de edificios gubernativos de un gris casi blanco. Es el corazón de Norteamérica; masas de correctos turistas, luego de haber esperado en larga fila para visitar la Casa Blanca, se dirigen hacia el obelisco, se sientan en los bancos que circundan la base y esperan pacientemente su turno para subir a los ascensores que los llevarán a la cima. Es una especie de rito que se repite en forma cotidiana, con el que parece que los norteamericanos se sinceran de la permanencia, de la intacta consistencia, de aquel mito fantástico y maravilloso que es, para ellos, América.
Un mito que, desde allí, parece de una claridad cristalina: el blancor de los palacios públicos de forma neoclásica, la tranquila seguridad de las aguas del Potomac, el verde intenso de las colinas de Virginia y el cielo de un azul profundo. El obelisco de Washington parece el centro de un mundo perfecto, armonioso, seguro, en el que los hombres han sabido fundirse y construir en la potencia tranquila de la naturaleza con similar simplicidad y seguridad. El mito de Washington desciende a través de los tiempos y se coagula en esta especie de perno colosal, plantado como para hacer de centro del universo. Y de aquí se difunde por todo América del Norte. El perfil de Washington nos previene desde los timbres postales, los billetes de banco, las monedas; su retrato nos mira desde las paredes de oficinas públicas y privadas, aparece esculpido en la roca desde las páginas de las guías turísticas, nos sigue en todos los rincones de la Unión a través de las ciudades —más de cien— que llevan su nombre, los treinta y tres condados, los diez lagos, las nueve universidades y, en fin, en el extremo noroeste del país, también un estado. Tal vez más que un mito —una verdadera encarnación— con el que la Unión forma sus propios orígenes, los concretiza, intenta las vías de una unión directa con ellos, con el propio *pater patriae*. El resultado, naturalmente, es el que se alcanza con todos los héroes y semidioses: George Washington, primer comandante del ejército norteamericano, primer presidente de los Estados Unidos, el héroe que sólo en Cincinnato halla un par adecuado, es uno de los personajes más desconocidos de la historia americana. Envuelto en la leyenda, obligado a llevar también *post mortem* la carga de unificador de la patria,

*1. Washington, representado como joven coronel en un cuadro de Charles Wilson Peale de 1772* (Usis).

*2. Washington, retratado por Archibald Robertson en 1791* (Usis).

*3. Washington, en un cuadro pintado en Mount Vernon en 1785 por Robert E. Pine* (Usis).

*4. Washington, primer presidente de los Estados Unidos de América* (The Bettmann Archive).





*En la página 35:*

*1. El matrimonio de Washington con Martha Custis, 1758. De un cuadro de Stearns* (The Bettmann Archive).

*2. La casa de Washington en Mount Vernon* (The Bettmann Archive).

*3. La familia de Washington en una estampa de F. Bell* (The Bettmann Archive).

*4. Washington con Lafayette en Mount Vernon en 1776* (Usis).

*5. Washington dirige a los trabajadores de su plantación en Mount Vernon. Litografía de 1853, de una pintura de Stearns* (The Bettmann Archive).

regenerador de sus virtudes en los momentos de peligro, motor inmóvil de la civilización americana, "totem" de la nación, los historiadores no han podido ocuparse de él más allá de los límites y de la hagiografía y, preocupados por dar nueva vida a personajes más móviles, a rastrear en psicologías menos cristalinas, a menudo terminaron por olvidarse de él, dejándolo en su función de numen benéfico.

### La sociedad virginiana

Sin embargo, es necesario liberarse del mito de Washington si se desea penetrar en su personalidad y comprender su rol en la historia americana del período revolucionario. No es tarea fácil, ya que él siempre parece hallarse en el lugar justo en el momento justo y, sobre todo, parece hacer lo justo con el mínimo rumor posible: ante él, los nudos más complicados se disuelven misteriosamente, los sucesos más dramáticos adquieren el carácter de una rutina familiar, los ánimos se aplacan, todo, en fin, parece marchar del mejor modo. Estamos nuevamente en los límites del mito. Y, como todo mito, también éste suscita más reverencia que amor; tan perfecto, lejano, este *pater patriae*, una figura a la que se recurre taumatúrgicamente para readquirir las antiguas virtudes, no para comprenderlo y estudiarlo como personaje histórico. Pero Washington era un gentilhombre virginiano que, antes de ser embalsamado en su gloria e identificado con la república estrellada se identificó con su patria, Virginia, en la que se formó espiritualmente y de cuya cultura adquirió los rasgos más característicos.

Virginia fue la primera colonia inglesa de Norte América; fundada en 1606 por una compañía comercial londinense que esperaba realizar lucrativos intercambios con los nativos, luego de algunas décadas de dura vida había visto incrementarse enormemente a su propia población en los años entre 1647 y 1660, cuando, a continuación del éxito de la revolución puritana en Inglaterra, un gran número de anglicanos prefirió emigrar antes que someterse al nuevo gobierno instaurado por Cromwell. La mayor parte de ellos eran miembros de la *gentry*, la pequeña aristocracia rural inglesaá habituados al mando, si bien en escala local, y dotados de discretas posibilidades económicas, muy pronto se convirtieron en la clase dominante de la colonia. En efecto, es a partir de este período que hallamos en la historia de Virginia los nombres de las grandes familias que dominaron su vida pública por generaciones. Y si bien no al mismo nivel de los Harrison, los Mason, los Carter, hallamos también a los Washington, dos de los cuales, hijos de un pastor anglicano privado de su parroquia por los puritanos, llegaron a Virginia en 1657. Estos nuevos emigrados compraron amplias extensiones de tierra junto a las márgenes de la bahía de Chesapeake y de los dos ríos principales de la región, el James River y el Potomac, iniciando el cultivo de tabaco en gran escala, que luego era exportado a Inglaterra.

A diferencia del norte, habitado predominantemente por campesinos que fundaban pequeñas ciudades y cultivaban personalmente las tierras de los alrededores, en el sur, y especialmente en Virginia, a causa de la extracción social de los habitantes así como del tipo de agricultura que se practicaba, se formó una clase de prósperos propietarios que vivían aislados en sus propias haciendas. El cultivo extensivo del tabaco requería numerosa mano de obra y ello llevó, por un lado, a la importación de esclavos negros, que llegaron a ser tan numerosos que sumaban, en la época de la revolución americana, un tercio de la población total; y por el otro, al surgimiento de una clase de *indentured servants* (trabajadores contratados). En algunas ocasiones se trataba de criminales deportados, pero generalmente eran ingleses de las clases más pobres que, para sobrevivir y para intentar fortuna, aceptaron servir gratuitamente a algún plantador americano por un cierto número de años, comúnmente siete, al fin de los cuales podían permanecer en la colonia e intentar fortuna. Estos ex siervos y otros individuos formaban la masa de los pioneros, de aquellos que se extendían hacia los montes Allegheny, por los valles de los ríos, a la búsqueda de terrenos para cultivar. La mayor ambición era la de crearse en tal modo una fortuna y colocarse a la par de los grandes propietarios de tierra de Tidewater, la región costera; pero con frecuencia no llegaban a ser más que campesinos con pocas tierras y muchas preocupaciones. Orgullosos, fuertemente individualistas y, mientras carecían de poder, democráticos, ellos despreciaban a los señores, propietarios de esclavos y de siervos, pero también los consideraban los únicos capaces de administrar la colonia y por lo tanto respetaban su poderío. Orgullosos y fuertemente individualistas eran también los grandes terratenientes, y muy decididos a ampliar sus propiedades a costa de los menos afortunados y de los menos hábiles entre ellos. Se trataba, en definitiva, de una aristocracia muy fluida, a la que se entraba fácilmente amasando suficientes propiedades y de la que se salía también fácilmente al perderlas. El clima, con su alternarse de grandes fríos y grandes calores, el agotamiento de la fertilidad del suelo causado por el cultivo continuado de un mismo producto, el tabaco, sus variaciones de precio en el mercado inglés, la dificultad de organizar el trabajo en las diversas plantaciones, a menudo distantes unas de otras, pertenecientes al mismo propietario, la necesidad de importar de Inglaterra todos los bienes necesarios a aquella vida próspera que ellos deseaban conducir, tornaban fácil la pérdida de los capitales adquiridos con gran fatiga. Una vida dura, también para los plantadores, siempre ocupados en la búsqueda de tierras nuevas y más fértiles, de nuevos métodos de cultivo, de financiamientos y de conspicuos matrimonios. La vida política no era, naturalmente, la última de sus preocupaciones, ya sea porque les permitía alcanzar preciosas posiciones de poder, ya sea porque ellos, hábiles administradores por tradición y convencidos de su rol de guías, la consideraban un deber inherente a su posición social. Desde 1619 Virginia tenía su propia asamblea representativa, cuya importancia había crecido con el tiempo; al dominar sin mayores problemas esta última como el Consejo del gobernador, los plantadores se habían habituado, también por la política ausentista de la madre patria, que no tenía ni interés ni fuerza para intervenir, a solucionar solos todos los asuntos de política interna, actuando como un Estado independiente. Este estado de ánimo, propio también de los hombres de la frontera, acostumbrados a contar sólo consigo mismos, hacía que la reverencia y el amor por Inglaterra no estuviera nunca acompañados por el sentimiento de dependencia para con el parlamento y el gobierno ingleses. Los virginianos, en definitiva, se sentían miembros de un *Dominion*, es decir, de un territorio independiente y fiel sólo al rey de Inglaterra, pero distinto, como ocurría por ejemplo con Escocia e Irlanda, del sistema administrativo inglés.

### La juventud de Washington

El padre de George Washington, Augustine, había logrado reparar, con habilidad y suerte, la debilitada fortuna de la familia y acumular un buen patrimonio en tierras y esclavos. Viudo en 1729, se había vuelto a casar dos años después con Mary Ball, también ella perteneciente a la aristocracia de los plantadores coloniales; de este matrimonio nacieron cinco hijos, el primero de los cuales fue George. En los años siguientes Augustine, cada vez más ocupado en un complicado giro de negocios, se trasladó de una a otra de sus fincas, llevando consigo a los hijos del segundo matrimonio, mientras Lawrence y Augustine, nacidos del primer matrimonio, eran enviados a estudiar a Inglaterra. Aparte de algunas anécdotas de dubitable procedencia, poco se sabe de George Washington en estos años. La muerte del padre cuando él tenía once años, indudablemente señaló un profundo cambio en su vida: la mayor parte de las propiedades paternas pasaron a los hermanastros y él dejó de ser el hijo de un rico plantador; ahora era un propietario mediano que, cuanto antes, debía interesarse activamente en sus tierras para no perderlas. Ésta fue fue probablemente la causa por la que no fue a Inglaterra a estudiar, y tampoco frecuentó el

*William and Mary College*, la universidad virginiana donde normalmente estudiaban los hijos de los ricos plantadores. Su educación fue, entonces, del todo familiar, y él fue siempre una persona de cultura media que, aun en los años de la madurez, se sentía incómodo en las discusiones públicas. Los teoremas y los bocetos de agrimensura, los modelos de documentos jurídicos y comerciales que en sus cuadernos se alternan con las elementales nociones de latín y de literatura nos dan una idea de la dirección que se imprimiera a su educación: una educación práctica para un hombre que debía conquistar por sí solo, lanzándose en el mundo de los negocios y de la especulación inmobiliaria, aquel patrimonio que la fortuna le había negado en parte.

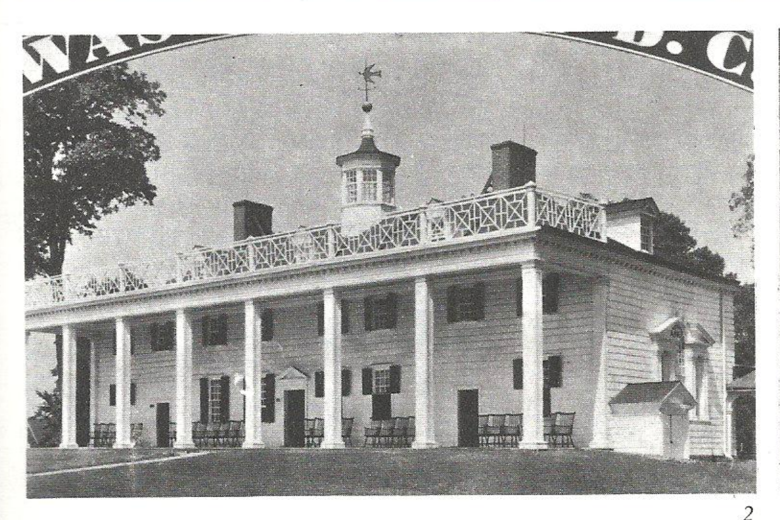
En una sociedad como la virginiana la primera cualidad que se debía poseer era la ambición, y lo primero que era necesario conquistar era una red de relaciones con los poderosos, en modo de poder permitirse ser ambicioso. George Whasington poseía la primera y no le fue difícil obtener lo segundo. Su hermanastro Lawrence, que tenía gran cariño por él y por quien él sentía un amor filial, se había casado con Anna Fairfax, hija del coronel William Fairfax, uno de los hombres msá poderosos de la colonia. A los dieciséis años George fue a vivir con el hermanastro en Mount Vernon y comenzó a frecuentar la buena sociedad que se reunía en la vecina hacienda de los Fairfax, en Belvoir. Era evidente que Lawrence intentaba extraer toda la utilidad posible de los nuevos parientes y George, a su vez, no era persona que dejara escapar tal oportunidad. Es muy difícil discernir con exactitud cuál fue el carácter del joven Washington en estos años; la muy escasa correspondencia y los comentarios de los biógrafos, que sólo nos hablan de la "serena firmeza de sus ojos grises" y de su carácter intrépido y gallardo, no sirven para mucho. De todos modos él debió causar una notable impresión en la casa Fairfax ya que lord Fairfax lo nombró casi inmediatamente, con sólo dieciséis años, su propio agrimensor y lo envió a las salvajes regiones del interior para establecer los límites de las tierras de las que el rey de Inglaterra le había concedido la propiedad. Por alrededor de tres años George Washington recorrió el territorio a los pies del Allegheny realizando una vida de pionero, una experiencia que lo templó para resistir a las más duras fatigas y lo acostumbró a aquella rapidez y frialdad de juicio que fueron sus principales características, y por sobre todo fue el modo que le permitió hacer valer sus propias cualidades: a los diecisiete años fue nombrado agrimensor oficial del condado de Culperer. La muerte de Lawrence, ocurrida en 1752, le abrió nuevas posibilidades; no sólo heredó las propiedades, que se unieron a las que había recibido del padre y a las que había adquirido en ese tiempo, sino que además pudo solicitar el puesto de ayudante general de la milicia de Virginia que había cubierto Lawrence. El gobernador, que había dividido a la colonia en cuatro distritos militares, le asignó uno de los puestos de ayudante que así se habían creado, con el grado de mayor de la milicia. Por lo tanto, a los veintiún años George Washington era una personalidad de cierto relieve y había demostrado desear y poder sobresalir en el interior de la sociedad de la colonia. Este último punto es importante, porque demuestra que él compartía totalmente la mentalidad y las aspiraciones de la clase dirigente de Virginia. Tierra, esclavos, amigos poderosos, cargos públicos, deseo de ilustrar el propio nombre, de gozar del respeto general: he aquí las ambiciones, o mejor, los ideales de los plantadores y de Washington, que interpretaban la vida en términos de deberes adecuados para formar individuos dotados de personalidad muy fuerte y de una destacada moralidad social, capaces de obtener un éxito personal que al mismo tiempo reforzara los ideales de la sociedad a la que pertenecían. El carácter y la historia de George Washington representan casi el paradigma, el "tipo" de estos ideales, que él persiguió con obstinación desde la infancia, como lo demuestra un conjunto de reglas de vida civil, las *Rules of Civility and Decent Behaviour in Company and Conversation* [Reglas de conducta correcta en sociedad] que se encuentran entre sus papeles juveniles. Se trata de un conjunto de más de cien normas que podríamos denominar de buena educación pero que superan esta función porque sirven para dirigir la acción del hombre en la sociedad, en modo tal que él pueda conquistarse la confianza de los otros y los beneficios que se derivan de un modo de actuar racional y desapasionado, que tienda al objetivo sin crear odios o resentimientos. Aplicando tales normas, con gran responsabilidad y un deseo de perfección que derivaban de la visión racional y práctica de la vida a la que sus vicisitudes personales lo habían habituado, Washington había conquistado en pocos años una "posición"; su ingreso en la logia masónica de Fredericksburg en 1753 fue el sello. Lo único que le faltaba aún, desde el punto de vista social, era una esposa rica y con parientes poderosos, pero no pudo pensar en seguida en el matrimonio, dado que la posibilidad de adquirir crédito y honor en las armas vino a distraerlo.

## La guerra franco-india

La sed de tierras que animaba tanto a los mayores terratenientes como a los pioneros, y que había llevado al joven Washington a trabajar como agrimensor y a comprar terrenos en el valle del río Shenandoah, en los montes Allegheny, impulsaba a los virginianos a mirar con codicia a los inmensos territorios del valle del río Ohio, más allá de los Allegheny, y a organizar expediciones para abrir la vía a la colonización; pero, alrededor de 1750, los franceses, partiendo de Canadá en el norte y de Nueva Orleáns en el sur, habían iniciado a su vez una serie de exploraciones y de tomas de contacto con los indios que preludiaban una penetración propiamente dicha. A ello había seguido la construcción de una serie de pequeños fuertes sobre el Mississipi, el Ohio y los Grandes Lagos, y la formal declaración de que intentaban anexar y colonizar todo el territorio desde el Golfo de México a Canadá entre los montes Allegheny y el Mississipi. En las colonias inglesas la sensación fue enorme; si bien los franceses eran pocos, la pujanza y la determinación de los mismos eran evidente, y el peligro de quedar estrangulados en la faja costera ya colonizada se tornaba cada vez más real. De todas partes se pedía la intervención de las tropas inglesas para restablecer los derechos que las colonias creían poseer sobre los territorios interiores. En Londres, el gobierno se mostraba incierto. En 1748 se había firmado la paz con Francia, lo que ponía fin a un largo período de guerra, y si bien las relaciones entre los dos países eran decididamente hostiles, nadie tenía intenciones de iniciar otra guerra para defender territorios selváticos y desconocidos. Como consecuencia, cuando el gobernador de Virginia Dinwiddie comprendió, en 1753, que se había llegado a un punto crítico y pidió instrucciones al rey acerca de las medidas a tomar, recibió orden de utilizar las armas sólo en caso de absoluta necesidad, con la milicia virginiana en lugar de las tropas regulares inglesas y con los fondos que la Asamblea de Virginia eventualmente le votara; en tanto, se le ordenaba enviar un mensaje a los franceses en el Ohio invitándolos a retirarse.

Es en este punto que entra en escena George Washington, quien se ofreció como mensajero. Su grado militar y su experiencia de la vida de la frontera lo tornaban apto para la tarea y el gobernador aceptó. El viaje de Fredericksburg a través de los Allegheny hasta Ohio y el regreso, cumplido entre octubre de 1753 y enero de 1754, entre enormes dificultades ambientales, abriéndose camino entre nieve y bosques y ríos en territorios aún inexplorados, es el primer episodio de la leyenda de Washington, pero es también el primer ejemplo claro de su templanza en el actuar. En efecto, él estaba seguro de que la avanzada francesa amenazaba los intereses de Virginia, la tierra con la que se identificaba completamente, y por lo tanto era su deber hacer todo lo posible para defenderla, así como sabía que si lograba llevar el mensaje y traer la respuesta, obtendría

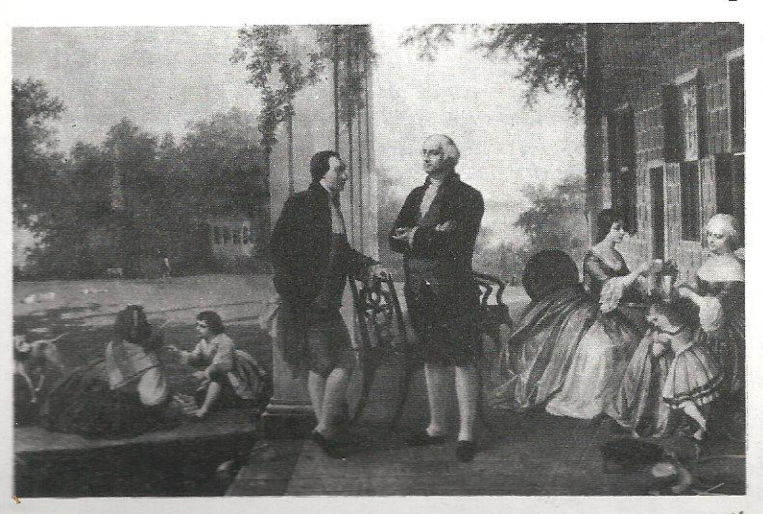
*1*



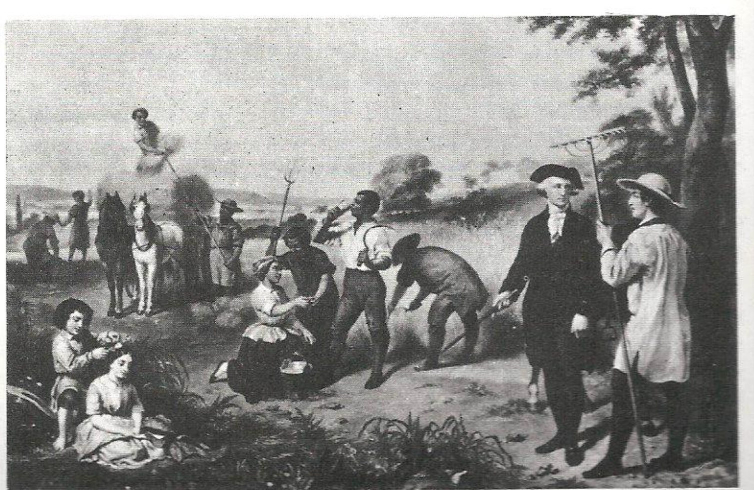
*2*



*3*



*4*



*5*

de ello gran ventaja; seguro de la utilidad de la misión y de sus propias capacidades para llevarla a término, se ofreció a ir. Había jugado sus cartas, y venció. A su regreso, la Asamblea de Virginia le votó un agradecimiento y un premio de cincuenta libras esterlinas. Desde la época de su misión en el Ohio hasta fines de 1758, la vida de Washington estuvo casi completamente dedicada a la guerrilla de frontera contra los franceses y los indios, sus aliados. Naturalmente, los franceses se habían rehusado a retirarse, y la tensión aumentó hasta el punto de ruptura. Le tocó a Washington, nombrado teniente coronel y comandante del contingente virginiano en la frontera, abrir las hostilidades en la primavera de 1754. Con una afortunada acción por sorpresa mató o capturó unos cuarenta franceses que se habían internado en los bosques de los montes Allegheny. Este primer derramamiento de sangre le dio fama a su nombre por breve tiempo en todo el mundo: exaltado como un héroe por los ingleses, por haber dado una lección a los espías franceses y demostrado el deseo de resistencia de los colonos, tachado de bellaco y traidor por los franceses por haber atacado en tiempo de paz y sin notar las intenciones de los adversarios que, en realidad, estaban llevando un mensaje a los virginianos, él se encontró, a los veintidós años, en una posición de preeminencia que no podía dejar de gustarle.

Pero Washington pagó caro su breve gloria: pocos meses después, sorprendido con pocos hombres por fuerzas enemigas muy superiores, fue obligado a capitular, si bien en condiciones honorables. De todos modos, su conducta había sido irreprensible y fue aprobada; pero la gloria se había esfumado, y también la esperanza de una victoria veloz. En 1755 debió asistir a la derrota sangrienta de los regulares del general Braddock en una emboscada de indios y franceses. Una vez más la conducta de Washington fue elogiada; pero la derrota exponía a Virginia a las correrías de los indios aliados de los franceses y reforzaba las posiciones de estos últimos en el Ohio. Nombrado coronel y comandante de toda la milicia virginiana, debió someterse por dos años a una debilitante guerrilla para defender, con pocos centenares de hombres, una frontera de más de quinientos kilómetros de los indios a los que el apoyo de los franceses tornaba cada vez más audaces. Era una tarea oscura, casi imposible de cumplir: faltaba dinero y equipos, los hombres eran voluntarios con poco adiestramiento y a menudo desertaban para volver a sus trabajos, y era muy difícil reclutar nuevos voluntarios. Washington sostenía, con razón, que el único modo para lograr la paz era la ofensiva contra Fort Duquesne, sobre el Ohio, el fuerte desde el cual los franceses maniobraban la guerrilla; pero sus sugerencias cayeron siempre en el vacío. Sólo en 1758, en el cuadro de un diseño estratégico más amplio del supremo comando inglés, se dio vida fatigosamente a una expedición comandada por el general Forbes. Washington y sus tropas se unieron a los regulares, pero las esperanzas de una campaña gloriosa se desvanecieron cuando, luego de una marcha extenuante en la que las tropas debieron construirse el camino metro por metro en el bosque virgen, se alcanzó el objetivo: los franceses se habían retirado, quemando el fuerte, tal vez atemorizados por las victorias inglesas en las regiones del norte. Una victoria sin gloria concluía esta fase de la vida de George Washington, iniciada con gran ardor y grandes perspectivas. Ahora que la bandera inglesa flameaba sobre Fort Duquesne, rebautizado Pittsburgh en honor del estadista inglés que había deseado la expedición, y que Virginia no corría más peligros, a Washington no le quedaba más que retirarse a la vida privada. Los regulares ingleses continuarían la lucha contra los franceses en el norte, en Canadá; pero Washington era un simple oficial de la milicia virginiana, no obstante sus reiterados pedidos para obtener un grado en el ejército, y por lo tanto su tarea había terminado.

### Desilusiones de un gentilhombre virginiano

En aquellos años Washington había adquirido, sin duda, una enorme experiencia y se había convertido en hombre conocido, pero su posición económica y social habría sido probablemente mejor si él hubiera continuado la vida de plantador, profundizando sus relaciones con la *upper society* (clase alta) virginiana, lo que le habría permitido participar en la lucrativa especulación sobre los terrenos, adquirir nuevos esclavos, y casarse con la hija de un rico terrateniente. Aunque se deseara ser optimista, aquellos cinco años de sacrificios no lo habían llevado más lejos de lo que hubiera conseguido con sólo atender sus intereses privados. Naturalmente, resulta extraño hablar de este modo de un hombre que, a los veintisiete años, era comandante general de las fuerzas armadas de una colonia poderosa como Virginia y que había realizado con notable suceso su propio deber, un deber en el que creía profundamente; pero justamente en esta insatisfacción se encuentra el núcleo del carácter virginiano y de la personalidad de Washington. Como hemos visto, él perseguía un ideal de vida elevadísimo, en el que la absoluta racionalización de toda actividad era símbolo de una perfección que se deseaba alcanzar; pero este ideal era social, así como esta perfección era social: la de un hombre que al mejorarse a sí mismo, presta un servicio a la comunidad a la que pertenece. Se trata, por lo tanto, de un ideal práctico cuyos resultados deben ser visibles a todos y cuya recompensa debe ser igualmente visible, en términos de honores y de poder: el poder del mejor, del verdadero aristócrata. Vistos desde este punto de vista, los cinco años de vida militar de Washington habían sido un sucederse de deberes siempre mayores, cumplidos con inflexible constancia, y todo ello se desvanecía sin dejar huellas; al presentar su renuncia una vez más Washington era uno de los tantos, y él tenía conciencia de haber asumido responsabilidades que sólo pocos habrían sido capaces de llevar a término.

Una de las principales cualidades de Washington era la paciencia; una vez retirado de la vida militar, se dedicó con constancia a perseguir sus propios intereses de plantador y de gentilhombre virginiano. Cuando se presentó a las elecciones para la Cámara de los burgueses logró hacerse elegir como representante del condado de Frederick en el mismo 1758; en enero de 1759 desposó a Martha Custis, una joven viuda de veintiséis años con dos hijos y varios millares de hectáreas de tierra. Eran dos pasos muy importantes en la dirección que había elegido: la del joven aristócrata deseoso de participar en los deberes y en los honores de la propia clase. Así se inició un período feliz para Washington cuyo interés en el cultivo y en la vida familiar era espontáneo y profundo, y del que pudo gozar muchos años en su hacienda de Mount Vernon.

### Los problemas del imperio británico

En 1759, mientras Washington iniciaba su nueva vida, Inglaterra vivía el año tal vez más glorioso de su historia: sus armas obtenían en todo el mundo, por tierra y por mar, resonantes victorias y las campanas de Westminster se debilitaron, como escribiera Horace Walpole, de tanto tañir para festejarlas. En la guerra contra Francia, en particular, el almirante Hawke obtuvo una victoria fundamental en la batalla de Quiberon, en las costas francesas, y tornó imposible al enemigo el envío de refuerzos al Canadá, donde una serie de victorias inglesas culminó con la conquista de Quebec por parte del general Wolfe. El año siguiente, con la caída de Montreal, prácticamente terminó el dominio francés en Norte América, pero la guerra continuó aún hasta la paz de París de 1763. Con este tratado el imperio británico se amplió en buena medida, e Inglaterra se convirtió a la vista de todos en la nación más poderosa de Europa.

En América tuvieron lugar grandes manifestaciones de alegría y de fidelidad a la corona británica. Pero la guerra había sido muy onerosa para Inglaterra, cuya deuda pública se había redoblado en pocos años, y la conquista de nuevos, enormes territorios, planteaba difíciles problemas de organización a la administración imperial que

debían ser solucionados con extrema urgencia. Todo ello amenazaba con romper el equilibrio que se había formado entre el poder central y el de las colonias americanas con un notable grado de satisfacción para todos. Este equilibrio se basaba principalmente en cuatro elementos: el control indiscutido por parte del rey y del parlamento inglés sobre la política exterior del imperio, comprendido el derecho de hacer la guerra; el poder del parlamento inglés de dirigir el comercio colonial en el modo más provechoso para todo el imperio y para la madre patria en particular; el autogobierno de las colonias en los asuntos internos, realizado por medio de sus asambleas electivas; el control de los gobernadores reales sobre el funcionamiento de estas asambleas para evitar incoherencias entre las decisiones de las mismas y el interés general de la Corona británica. Las colonias inglesas en América obtenían muchísimas ventajas de este sistema. En efecto, desde el momento de su fundación tenían asegurados, por Cartas Reales que eran como cartas constitucionales, poderes mucho mayores que los de las colonias francesas o españolas; gozaban de la protección del ejército y de la marina inglesa, indispensables para la prosperidad de sus tráficos; tenían el derecho de establecer por sí mismos el monto y el tipo de las tasas que pagaban y gozaban de grandes libertades, dentro del sistema jurídico inglés que por otra parte ellos consideraban como propio, para establecer normas en materia de familia, herencia y terrenos, las cosas que más les importaban. En definitiva, en 1763, alejado el peligro francés, las trece colonias americanas miraban el futuro con optimismo, muy contentas de su posición en el interior del imperio británico.

Resulta comprensible, sin embargo, que el punto de vista del gobierno de Londres fuera totalmente distinto, cargado de deudas y enfrentado con los problemas de la administración de los territorios conquistados —reglamentación de las concesiones de los terrenos vírgenes y del comercio de las pieles, relaciones con los indios y defensa contra las tribus hostiles ...— en los que el mismo actuaba en interés inmediato de las colonias, que exigían decisiones acertadas, rápidas y favorables al mismo tiempo. El rey de Inglaterra, Jorge III, comenzó a notar el espíritu de independencia con que actuaban los americanos, la negligencia de éstos en cuanto al poder central, que daba la impresión de que se sentían ciudadanos privilegiados de la Corona. Ello contrastaba profundamente con sus ideas, y también las del parlamento, acerca de la organización del imperio, que él veía como una entidad centralizada y en la que las colonias debían proporcionar a la madre patria un mercado de adquisición de materias primas y de exportación de sus productos industriales; con la consecuencia de que el parlamento debía poder legislar en modo válido para todos los territorios sometidos a la Corona británica, en modo de formular una política unitaria. Pero la decisión de Jorge III de reformar la estructura del imperio según estas ideas estaba destinada a encontrar, allende el Atlántico, una decidida oposición.

### Los "derechos ingleses" de las colonias americanas

El plan de Jorge III era, en efecto, poco realista. Ante todo, el mismo no tenía en cuenta el hecho de que las colonias habían alcanzado una notable madurez económica, social y política; ya no se trataba de pequeñas, débiles plantaciones habitadas por extenuados grupos de pioneros, sino de complejos organismos cuya población se acercaba al millón y medio de personas, que se habían creado estructuras propias, que ya podían contar con una historia y una tradición independientes de las de la patria, y algunas veces, especialmente en Massachusetts y Virginia, con una cultura propia. En segundo lugar, el plan del rey convertía a los americanos en ciudadanos de segunda clase, olvidando que jurídicamente ellos eran ingleses como los habitantes de Londres, orgullosos de serlo y prontos a defender esta posición contra cualquiera. A este respecto conviene recordar que el ser ciudadano inglés no significaba simplemente ser súbdito del rey de Inglaterra, sino que comportaba una serie de derechos políticos, como aquel de ser juzgado según las formas y con las garantías del derecho inglés, de tratar los asuntos de la comunidad por medio de los propios representantes elegidos al parlamento, de no ser privados de las propias propiedades, etcétera; por lo tanto, los americanos veían en sus asambleas, en sus tribunales, en sus instituciones y derechos reconocidos en las cartas coloniales la esencia misma de su "ser ciudadanos ingleses" a la par de los habitantes de Inglaterra, y no habrían permitido ningún ataque contra estos derechos. La mentalidad de gran potencia que se venía desarrollando en Inglaterra no podía estar de acuerdo con el orgullo inglés de los americanos y con su alcanzada madurez: cuando, en 1765, el parlamento inglés aplicó, con el *Stamps Act*, una ley de estampillas en las colonias, pareció que se había llegado al momento de la ruptura. En efecto, los americanos, con finas argumentaciones jurídicas, dirigidas a demostrar que el parlamento no tenía autoridad para imponer tasas a las colonias porque éstas no tenían representantes en el mismo, o con violencia, con la que se impidió prácticamente la aplicación de la ley, evidenciaron su firme intención de no dejarse privar del derecho de imponerse impuestos por sí solos. El parlamento inglés, comprendiendo la imposibilidad de aplicar el *Stamps Act*, prefirió evitar un conflicto y, en 1766, lo abrogó.

En aquel año de tensión y de temores, Washington permaneció en la sombra, cuidando sus propias tierras. Cuando la asamblea de Virginia votó una serie de resoluciones que reforzaban los derechos de las colonias él, si bien era diputado, no se halló presente y no se tiene ninguna noticia de que haya tomado posición; pero, frente a la decisión de los virginianos de boicotear el comercio inglés, su actitud no dejó dudas; en lugar de tabaco comenzó a cultivar trigo y otros cereales, con lo que podía evitar la exportación del primero y la importación del segundo, y dejó de ordenar en Londres los productos que se había decidido a boicotear. Él estaba, entonces, en línea con los elementos más avanzados de la colonia, y su silencio sólo significaba que su pensamiento estaba madurando y que no se sentía aún pronto para tomar iniciativas. Existía, indudablemente, cierta diferencia entre el ardiente oficial de la guerra franco-india y el cauto plantador que sólo lentamente se transforma en patriota, pero se trata de una diferencia que no comporta una ruptura. Hemos visto a Washington madurar rápidamente durante los años de la guerra y convertirse en hombre de grandes dotes prácticas, cuyas capacidades de análisis y de acción se habían intensificado por la claridad de su vida interior. Esta última, en realidad, era el eje de toda su personalidad y se basaba en la creencia de que existe siempre un modo mejor y sólo uno para alcanzar un resultado válido en cualquier campo, ya sea militar, político o moral, y que es posible descubrirlo con un razonamiento lógico. Por otra parte, la suya era la posición de muchos ricos plantadores virginianos, y la característica de la revolución americana se halla justamente en el hecho de que los miembros de las clases superiores, aquellos que ya poseían posiciones clave en las colonias, asumieron la responsabilidad y la conducción. Pero ellos no se decidieron a tomar las armas contra Inglaterra de pronto o impulsados por pasiones subversivas, es decir, desearon conquistar la libertad o "liberarse de la esclavitud inglesa", expresión de tono demasiado demagógico para influir sobre ellos, sino que llevaron a las consecuencias extremas la defensa de aquellos derechos que les correspondían como ciudadanos ingleses. La costumbre al razonamiento jurídico y político, la posición de prestigio de que gozaban y que los tornaba conscientes de tales derechos, les dio gran fuerza en su decisión de resistir hasta que, racionalmente aunque con emoción, descubrieron que el único modo para defender las libertades "inglesas" de las colonias consistía en tomar las armas y declararse americanos. De ello deriva el tono técnico-jurídico que asumiera la disputa entre americanos e ingleses en la víspera de la revolución.

IN CONGRESS, JULY 4, 1776.

The unanimous Declaration of the thirteen united States of America,

When in the Course of human events, it becomes necessary for one people to dissolve the political bands which have connected them with another, and to assume among the powers of the earth, the separate and equal station to which the Laws of Nature and of Nature's God entitle them, a decent respect to the opinions of mankind requires that they should declare the causes which impel them to the separation. — We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness. — That to secure these rights, Governments are instituted among Men, deriving their just powers from the consent of the governed, — That whenever any Form of Government becomes destructive of these ends, it is the Right of the People to alter or to abolish it, and to institute new Government, laying its foundation on such principles and organizing its powers in such form, as to them shall seem most likely to effect their Safety and Happiness. Prudence, indeed, will dictate that Governments long established should not be changed for light and transient causes; and accordingly all experience hath shewn, that mankind are more disposed to suffer, while evils are sufferable, than to right themselves by abolishing the forms to which they are accustomed. But when a long train of abuses and usurpations, pursuing invariably the same Object evinces a design to reduce them under absolute Despotism, it is their right, it is their duty, to throw off such Government, and to provide new Guards for their future security. — Such has been the patient sufferance of these Colonies; and such is now the necessity which constrains them to alter their former Systems of Government. The history of the present King of Great Britain is a history of repeated injuries and usurpations, all having in direct object the establishment of an absolute Tyranny over these States. To prove this, let Facts be submitted to a candid world. — He has refused his Assent to Laws, the most wholesome and necessary for the public good. — He has forbidden his Governors to pass Laws of immediate and pressing importance, unless suspended in their operation till his Assent should be obtained; and when so suspended, he has utterly neglected to attend to them. — He has refused to pass other Laws for the accommodation of large districts of people, unless those people would relinquish the right of Representation in the Legislature, a right inestimable to them and formidable to tyrants only. — He has called together legislative bodies at places unusual, uncomfortable, and distant from the depository of their public Records, for the sole purpose of fatiguing them into compliance with his measures. — He has dissolved Representative Houses repeatedly, for opposing with manly firmness his invasions on the rights of the people. — He has refused for a long time, after such dissolutions, to cause others to be elected; whereby the Legislative powers, incapable of Annihilation, have returned to the People at large for their exercise; the State remaining in the mean time exposed to all the dangers of invasion from without, and convulsions within. — He has endeavoured to prevent the population of these States; for that purpose obstructing the Laws for Naturalization of Foreigners; refusing to pass others to encourage their migrations hither, and raising the conditions of new Appropriations of Lands. — He has obstructed the Administration of Justice, by refusing his Assent to Laws for establishing Judiciary powers. — He has made Judges dependent on his Will alone, for the tenure of their offices, and the amount and payment of their salaries. — He has erected a multitude of New Offices, and sent hither swarms of Officers to harrass our people, and eat out their substance. — He has kept among us, in times of peace, Standing Armies without the Consent of our legislatures. — He has affected to render the Military independent of and superior to the Civil power. — He has combined with others to subject us to a jurisdiction foreign to our constitution, and unacknowledged by our laws; giving his Assent to their Acts of pretended Legislation: — For Quartering large bodies of armed troops among us: — For protecting them, by a mock Trial, from punishment for any Murders which they should commit on the Inhabitants of these States: — For cutting off our Trade with all parts of the world: — For imposing Taxes on us without our Consent: — For depriving us in many cases, of the benefits of Trial by Jury: — For transporting us beyond Seas to be tried for pretended offences: — For abolishing the free System of English Laws in a neighbouring Province, establishing therein an Arbitrary government, and enlarging its Boundaries so as to render it at once an example and fit instrument for introducing the same absolute rule into these Colonies: — For taking away our Charters, abolishing our most valuable Laws, and altering fundamentally the Forms of our Governments: — For suspending our own Legislatures, and declaring themselves invested with power to legislate for us in all cases whatsoever. — He has abdicated Government here, by declaring us out of his Protection and waging War against us. — He has plundered our seas, ravaged our Coasts, burnt our towns, and destroyed the lives of our people. — He is at this time transporting large Armies of foreign Mercenaries to compleat the works of death, desolation and tyranny, already begun with circumstances of Cruelty & perfidy scarcely paralleled in the most barbarous ages, and totally unworthy the Head of a civilized nation. — He has constrained our fellow Citizens taken Captive on the high Seas to bear Arms against their Country, to become the executioners of their friends and Brethren, or to fall themselves by their Hands. — He has excited domestic insurrections amongst us, and has endeavoured to bring on the inhabitants of our frontiers, the merciless Indian Savages, whose known rule of warfare, is an undistinguished destruction of all ages, sexes and conditions. In every stage of these Oppressions We have Petitioned for Redress in the most humble terms: Our repeated Petitions have been answered only by repeated injury. A Prince, whose character is thus marked by every act which may define a Tyrant, is unfit to be the ruler of a free people. Nor have We been wanting in attentions to our Brittish brethren. We have warned them from time to time of attempts by their legislature to extend an unwarrantable jurisdiction over us. We have reminded them of the circumstances of our emigration and settlement here. We have appealed to their native justice and magnanimity, and we have conjured them by the ties of our common kindred to disavow these usurpations, which, would inevitably interrupt our connections and correspondence. They too have been deaf to the voice of justice and of consanguinity. We must, therefore, acquiesce in the necessity, which denounces our Separation, and hold them, as we hold the rest of mankind, Enemies in War, in Peace Friends. —

We, therefore, the Representatives of the united States of America, in General Congress, Assembled, appealing to the Supreme Judge of the world for the rectitude of our intentions, do, in the Name, and by Authority of the good People of these Colonies, solemnly publish and declare, That these United Colonies are, and of Right ought to be Free and Independent States; that they are Absolved from all Allegiance to the British Crown, and that all political connection between them and the State of Great Britain, is and ought to be totally dissolved; and that as Free and Independent States, they have full Power to levy War, conclude Peace, contract Alliances, establish Commerce, and to do all other Acts and Things which Independent States may of right do. — And for the support of this Declaration, with a firm reliance on the protection of divine Providence, we mutually pledge to each other our Lives, our Fortunes and our sacred Honor.

John Hancock

Button Gwinnett
Lyman Hall
Geo Walton
Wm Hooper
Joseph Hewes
John Penn
Edward Rutledge
Thos Heyward Junr.
Thomas Lynch Junr.
Arthur Middleton
Samuel Chase
Wm Paca
Thos Stone
Charles Carroll of Carrollton
George Wythe
Richard Henry Lee
Th Jefferson
Benja Harrison
Thos Nelson jr.
Francis Lightfoot Lee
Carter Braxton
Robt Morris
Benjamin Rush
Benja Franklin
John Morton
Geo Clymer
Jas Smith
Geo Taylor
James Wilson
Geo Ross
Caesar Rodney
Geo Read
Thos M:Kean
Wm Floyd
Phil Livingston
Frans Lewis
Lewis Morris
Richd Stockton
Jno Witherspoon
Fras Hopkinson
John Hart
Abra Clark
Josiah Bartlett
Wm Whipple
Saml Adams
John Adams
Robt Treat Paine
Elbridge Gerry
Step Hopkins
William Ellery
Roger Sherman
Samel Huntington
Wm Williams
Oliver Wolcott
Matthew Thornton

1




3



2

**Un aristócrata se convierte en revolucionario**

También George Washington sufrió un desarrollo de este tipo; su mentalidad racional y su educación aristocrática lo llevaron a estudiar y a evaluar con precisión, y luego a aceptar con toda la fuerza de su personalidad, los argumentos en favor de las colonias que intelectuales talentosos como George Mason le proponían; pero él no se movió hasta que estuvo totalmente convencido. Sin embargo, una vez seguro de sus propias ideas, no se inquietó por las consecuencias que podían derivar de las mismas, y las vio y las aceptó antes que los demás. El pasaje que acabamos de delinear se realizó en el período de la disputa sobre los *Townshend Acts*. En 1767, bajo el impulso del canciller Charles Townshend, astro naciente de la escena política británica, el parlamento inglés había votado una ley que establecía impuestos aduaneros sobre la importación de té, papel, plomo, barnices y otras mercaderías en las colonias; a ésa la seguían otras con las que se reformaba en las colonias el sistema de cobros de los impuestos para hacerlo más eficiente. Las mayores sumas así obtenidas debían servir para pagar a los gobernadores y a los jueces coloniales, cuyos estipendios habían sido establecidos, hasta ese momento, por las diversas asambleas. También esta vez la reacción americana fue inmediata; las asociaciones patrióticas de los "Hijos de la Libertad" volvieron a realizar manifestaciones públicas, con comicios, danzas en torno a los "árboles de la libertad", poesías satíricas y la condena a la horca de las efigies de personajes favorables a los ingleses; los viejos acuerdos de no importar se reactualizaron, y en todas las colonias se difundió un peligroso estado de excitación, que se acentuó cuando el parlamento, a continuación de la negación de la asamblea de Nueva York a votar todos los fondos que el mismo solicitaba para el mantenimiento de las tropas en aquella colonia, suspendió toda actividad de dicha asamblea. Era un acto sin precedentes, porque sólo los gobernadores, como representantes del rey, habían podido disolver las asambleas coloniales hasta ese momento. En Virginia, la Cámara de los burgueses votó un mensaje al rey, un memorial a la Cámara de los Lores y una advertencia a la de los Comunes para lamentarse del nuevo atentado a las libertades de las colonias. También en esta oportunidad Washington no se halló presente en las votaciones; urgentes asuntos lo habían demorado en Mount Vernon: la transformación de los cultivos de sus tierras, con el pasaje del tabaco al cereal, iniciada dos años antes por razones políticas, había resultado económicamente ventajosa y Washington deseaba llevarla a término del mejor modo posible. Además, había instalado un molino, una tejeduría y otras actividades complementarias con las que esperaba obtener buenas utilidades, y por ello no podía trasladarse a Williamsburg. Ello no quita, sin embargo, que ya tuviera ideas bien claras en materia política, aun más claras que la mayor parte de sus conciudadanos. En una carta de comienzos de 1769 dirigida a George Mason, el ilustre virginiano a quien debía en buena medida su propia maduración política, escribe: "En el momento en que Nuestros Señores lores en Gran Bretaña no desean otra cosa que la destrucción de las libertades americanas, parece absolutamente necesario hacer algo para detener el golpe y mantener las libertades que nos llegan de nuestros antepasados . . . es mi opinión que ninguno debería tener escrúpulos o hesitar un momento en utilizar las armas en defensa de un bien tan grande; aun cuando las armas, me permito agregar, deban considerarse como el último recurso."

Con el convencimiento de que era necesario batirse activamente para mantener las libertades tradicionales, participó en la sesión de primavera de la Cámara de los burgueses de 1769, y cuando el gobernador, con gran sorpresa de los diputados, consideró a una de las resoluciones votadas por la cámara en favor de las libertades coloniales como ofensiva para el rey y disolvió la asamblea, Washington siguió a los otros delegados a una reunión en una taberna de Williamsburg para decidir lo que debía hacerse y allí propuso e hizo aceptar un plan de no importación de los bienes ingleses que él y George Mason habían estudiado. Era la primera vez que Washington tomaba una iniciativa política y, de acuerdo con su carácter, se trataba de una iniciativa práctica, minuciosamente estudiada, un verdadero plan de boicotaje económico. Con este acto se convirtió en uno de los mayores exponentes de la oposición virginiana a Inglaterra, el hombre que, sin tener las inclinaciones demagógicas y radicales de un Patrick Henry o de un Henry Lee, o las hesitaciones conservadoras de un Peyton Randolph, siempre podía dar un consejo desapasionado o resolver en el mejor modo una situación intrincada. De todos modos, él se negó largamente todavía a asumir una parte de primer plano en la política virginiana, sobre todo porque no se sentía capaz para la elaboración teórica, para las complicadas maniobras de antesala y tampoco para las actitudes clamorosas y provocadoras, y temía entonces no ser muy útil.

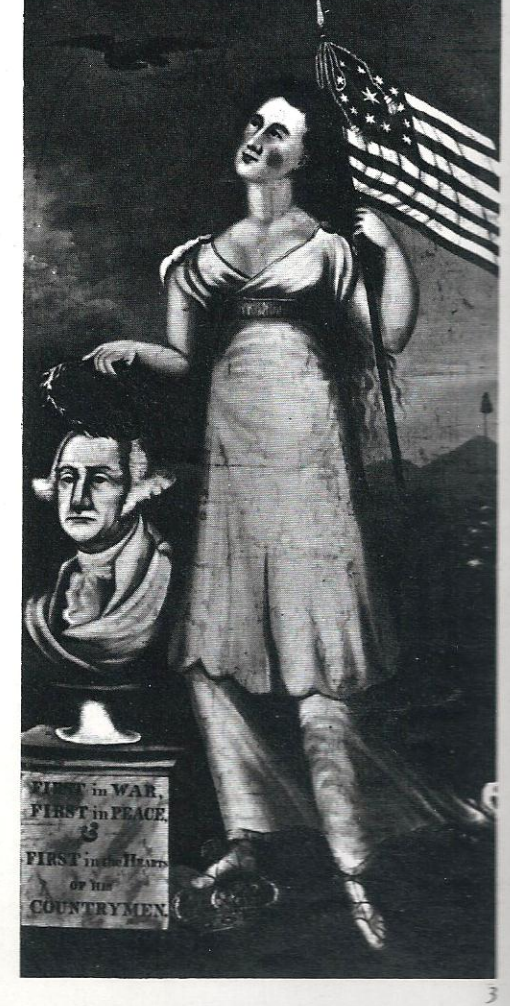
En tanto, el gobierno inglés, frente a la compacta oposición de las colonias, consideró que no se justificaba el mantener en vigencia los *Townshend Acts*, y en 1770 el parlamento derogó todos los impuestos aduaneros precedentemente establecidos, salvo aquellos sobre el té. Este hecho bloqueó temporariamente el movimiento radical y por algunos años pareció que había vuelto la paz entre las colonias y la madre patria y que ya no existía razón para temer por las libertades de las primeras. Entonces Washington volvió a la sombra, interesándose en su propia familia, recibiendo a numerosos huéspedes en Mount Vernon con gran largueza y generosidad y pensando en la adquisición de nuevas tierras en el valle de Ohio y también en Florida. Por lo tanto, no participó en los movimientos que los miembros más radicales de la asamblea, como Henry y Lee y el joven Thomas Jefferson, trataban de crear.

Se llegó así hasta fines de diciembre de 1773, cuando se recibió en Mount Vernon la noticia de que un grupo de ciudadanos de Boston, disfrazados de indios, habían subido a bordo de tres naves ancladas en el puerto y habían arrojado al mar más de trescientas cajas de té. Se trataba del famoso *tea party* organizado por Samuel Adams, el jefe de los radicales de Massachusetts, y que iniciaría la fase final de la disputa entre las colonias e Inglaterra. En el origen de este hecho ruidoso no se hallaba tanto el impuesto sobre el té, en parte ya aceptado y en parte evitado por medio de un floreciente contrabando, como el monopolio concedido por el parlamento a la Compañía de las Indias sobre el comercio del té con Norte América, que amenazaba con arruinar a los importadores y a los contrabandistas americanos. Adams, con su instinto de revolucionario y de demagogo, se había apoyado en el descontento de estos sectores para crear un incidente de vasto eco que pudiera recrear aquel espíritu de oposición a Inglaterra que parecía adormecido, y lo consiguió. La asamblea de Massachusetts se unió a él denunciando la tentativa del parlamento inglés de imponer monopolios sobre las colonias, y el espíritu revolucionario volvió a encenderse en todo el continente. En un primer momento Washington no comprendió la importancia del suceso, pero cuando el parlamento decidió cerrar el puerto de Boston como represalia hasta que el té fuera pagado y envió a la flota a vigilar que no entrara ninguna nave, su exasperación llegó al colmo y decidió entrar en la lucha. Era evidente que se había llegado a la crisis desde hacía tiempo pronosticada y que el gobierno inglés había decidido poner fin a lo que ya llamaba una rebelión; por lo tanto, también era el momento de actuar y de hallar el mejor modo para hacerlo. En la Cámara de los burgueses de Virginia Washington sostuvo con fuerza la necesidad de un estrictísimo acuerdo de no importación y a cuantos le escribían que siguiera una línea moderada y se limitara a implorar la intervención pacificadora del rey les respondió, con acentos exaltados, que ya no era el momento para escribir peticiones porque era claro que en Londres se trataba sistemáticamente de reprimir a las colonias. En tanto el gobernador, alarma-

1



2




3

*En la página 38:*

1. *La Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776* (Usis).

2. *Los cinco miembros más importantes del comité que presentó la Declaración de Independencia al Congreso. De izquierda a derecha: Thomas Jefferson, Roger Sherman, Benjamin Franklin, Robert R. Livingstone y John Adams. Estampa de Currier e Ives de 1876. Library of Congress, Washington D. C.* (Usis).

3. La Declaración de Independencia, *pintura de John Trumbull. Yale University, New Haven, Connecticut* (Usis).

1. *Washington en Princeton.* La caída del general Mercer, *pintura de N. M. Sanford, hacia 1850. Colec. de la New York State Historical Association, Cooperstown, Nueva York* (Usis).

2. Washington atraviesa el Delaware, *pintura de E. Leutze, Metropolitan Museum of Art, Nueva York* (Usis).

3. Washington y la libertad. *Pintura realizada alrededor de 1805. Colec. de la New York State Historical Asosciation, Cooperstown, Nueva York* (Usis).

do, decidió disolver nuevamente la asamblea y los diputados, como ya lo habían hecho en 1769, se reunieron en "Raleigh's", una taberna donde decidieron convocar a los representantes de todas las colonias a un congreso general para decidir una acción unitaria. Así se dio vida al primer Congreso Continental que se reunión en Filadelfia en setiembre de 1774. Entre los siete delegados de Virginia se encontraba George Washington, que inmediatamente era elegido presidente de la asamblea, y también Randolph y Henry Lee. Como siempre, Washington no pronunció discursos y no tomó iniciativas espectaculares, pero se hizo conocer en las discusiones privadas y su decisión y firmeza habían impresionado a los delegados. A los cuarenta y dos años había alcanzado una plena madurez moral e intelectual; la actitud reposada y la distinción de las maneras no escondían a aquellos con quienes hablaba su rapidez de juicios, antes bien, la hacían resaltar y su devoción a la causa americana era tan conocida que él podía cenar a menudo con el gobernador inglés y hablar con él de negocios sin desacreditarse a los ojos de los patriotas. Para los virginianos ya era el símbolo de la resistencia a Inglaterra y, para los más moderados, el hombre a contraponer a Patrick Henry y a Henry Lee.

### De la "autonomía dentro del imperio" a la revolución

El primer Congreso Continental estuvo compuesto por cincuenta y cinco delegados en representación de todas las colonias salvo Georgia; las ideas políticas iban del radicalismo de Samuel Adams al cauto conservadorismo de Samuel Galleway, pero todos los presentes estaban de acuerdo en que la estructura del imperio, así como Gran Bretaña trataba de imponerla a las colonias, era jurídicamente injustificada y políticamente tiránica. Este convencimiento unificaba de tal modo todos los sentimientos que, si bien no se conocían y sabían muy poco de los problemas coloniales de las colonias en general aparte de la propia, pudieron unirse a Patrick Henry cuando éste, en un vehemente discurso, se proclamó enfáticamente "americano". El naciente espíritu unitario estaba acompañado de una nueva visión, si bien basada en una antigua tradición jurídica, de la estructura del imperio británico. En las palabras de James Wilson, la misma consistía en el hecho de que "los diferentes miembros del imperio británico son Estados distintos entre sí, independientes uno del otro, pero conectados porque están sometidos a la misma autoridad soberana constituida por la Corona". Las colonias, por lo tanto, debían obedecer al rey, seguirlo en la guerra y dar fe a los tratados que él estipulara, pero en cuanto al resto eran libres de gobernarse por sí mismos, y sus asambleas tenían en el interior de sus límites la misma autoridad que el parlamento tenía sobre Inglaterra. Esta solución de la relación entre autoridad central y libertades locales, pensada contemporáneamente también por Thomas Jefferson y John Adams, nacía de la reconsideración de la naturaleza de la fidelidad que los ciudadanos debían al rey en el derecho inglés y constituía el último y más perfeccionado estadio de la reflexión sobre los derechos de las colonias iniciada alrededor de quince años atrás; pero, sobre todo, la misma contenía ya en esencia la solución que las colonias, alcanzada la independencia, darían a sus problemas políticos, es decir, el federalismo. La asamblea se disolvió luego de haber establecido normas para crear organismos de control de los acuerdos de no importación y luego de haber enviado una petición al rey y una *Declaración de los Derechos y de las Quejas* americanas dirigida al pueblo inglés. Washington, como de costumbre, no había tomado iniciativas de primer plano, pero a través de los encuentros al margen de la asamblea, se había hecho conocer en modo tal que muchos hablaban de él, le creaban una fama de gloria militar superior a lo verdadero, y magnificaban, exagerándolas, sus riquezas. A fines de 1774 se había llegado a un punto crítico; pero la Corona habría podido tal vez evitar las hostilidades aliándose con el gran grupo de los conservadores que no deseaban que la situación se precipitara. Pero Jorge III había decidido que las colonias lo habían desafiado y, por lo tanto, debían someterse o triunfar, y el parlamento inglés estaba de acuerdo con él en este sentido: todas las tentativas realizadas por algunos hombres políticos amigos de las colonias para llegar a un arreglo fueron pesadamente rechazadas tanto por la Cámara de los Lores como por la de los Comunes, y se comenzó solamente a pensar en los medios para obligar a las colonias a reingresar en las filas. Paralelamente, en América se estaba desarrollando un peligroso estado de tensión, se formaban en todas partes nuevas compañías de milicia colonial cuya misión no era ciertamente la de combatir a los indios, los comités revolucionarios comenzaban a acumular armas y, casi por doquier, la administración inglesa perdía el control de la situación. En Virginia, Washington comenzó, con su habitual determinación, a preparar una compañía de voluntarios en su condado y, en la primavera de 1775, tomó parte activamente en las acciones de una nueva Convención virginiana en la que se decidió poner a la colonia en estado de Congreso. Elegido también al Segundo Congreso Continental, que debía realizarse a comienzos del verano de 1775, partió de Mount Vernon mientras comenzaban a llegar noticias de graves encuentros entre tropas inglesas y voluntarios americanos en la zona de Boston. Durante el trayecto pasó revista a diversas compañías de la milicia y, llegado a Filadelfia, se presentó a la asamblea en su viejo uniforme de coronel de la milicia virginiana; pero, si bien decidido a combatir si era necesario no estaba aún convencido de que habría guerra.

El Segundo Congreso Continental estaba llamado a tomar graves decisiones. En Inglaterra el rey y el gobierno no parecían dispuestos a reconciliarse con las colonias y las tropas se congregaban cerca de Nueva York; en Boston, la milicia de Massachusetts había rodeado la ciudad y prácticamente asediaba a la guarnición inglesa comandada por el general Howe; estos hechos preludiaban claramente el conflicto, pero el Congreso, si bien preparándose a la lucha, deseaba dejar la puerta abierta a la paz: una misión que habría sido de extrema dificultad aún para la experimentada diplomacia de una poderosa nación europea. Todos los miembros moderados del Congreso, de todos modos, intentaban moverse en esta dirección, y así lo hacía Washington, quien se dedicó a hacer aprobar todas aquellas medidas que podían llevar a una reconciliación, pero al mismo tiempo presidió o participó en todas las comisiones en las que se discutían las preparaciones militares. Frente a estas dificultades políticas, que se unían a las organizativas, pareció que el Congreso estaba por naufragar hasta que se abrió paso la opinión de que, para recuperar la unidad y para lograr imponerse al interior y al exterior, era necesario hacer entender a todos los americanos que la lucha en torno a Boston era su lucha y que para alcanzar tal objetivo era necesario que el Congreso reconociera a las tropas de Massachusetts como propias y mandara a un general suyo, un general "americano" a comandarlas.

Resulta difícil a primera vista cómo y por qué Washington fue nombrado, por unanimidad y luego de breve debate, general comandante en jefe del ejército americano. Si bien autorizado y respetado, él no era uno de los personajes más conocidos e influyentes; su experiencia militar, ya lejana en el tiempo, era igualada, si no superada, por algunos miembros del Congreso, y tampoco ocurrió que él tratara de imponer su nombre; por el contrario, cuando, luego de ser nombrado, leyó una breve declaración de aceptación, se preocupó de poner en claro que no se sentía digno de la misión que se le confiara. En realidad, su nombramiento se debió a varias razones, la mayor parte de las cuales eran de naturaleza política: la primera fue que era necesario nombrar a un hombre del sur para demostrar la unidad americana, dado que las tropas que se hallaban en los alrededores de Boston venían casi todas de las colonias de Nueva Inglaterra; por lo tanto, Washington provenía de la colonia justa, era el representante militar de la más poderosa y activa colonia del sur. La segunda razón nació de la necesidad de hallar un técnico,





un organizador, capaz de asumir la misión de crear de la nada un ejército permaneciendo, al mismo tiempo, por encima de la lucha política, de las divergencias que operaban en la asamblea, de manera de poder unificar detrás de sí a todas las fuerzas de la colonias. El nombramiento de un general en jefe, si bien política y militarmente necesario, no era considerado como algo definitivo, no significaba, para muchos, el comienzo de la guerra y por lo mismo un hombre honesto y práctico como Washington era la persona adecuada, aún cuando sus conocimientos estratégicos fueran nulos. Indudablemente, en las colonias no eran muchos los hombres que respondían a estas características, todas necesarias e imprescindibles; probablemente Washington era el único, pero sobre todo, era el único que los miembros del Congreso conocían, y su nombramiento fue, en consecuencia, un hecho casi automático.

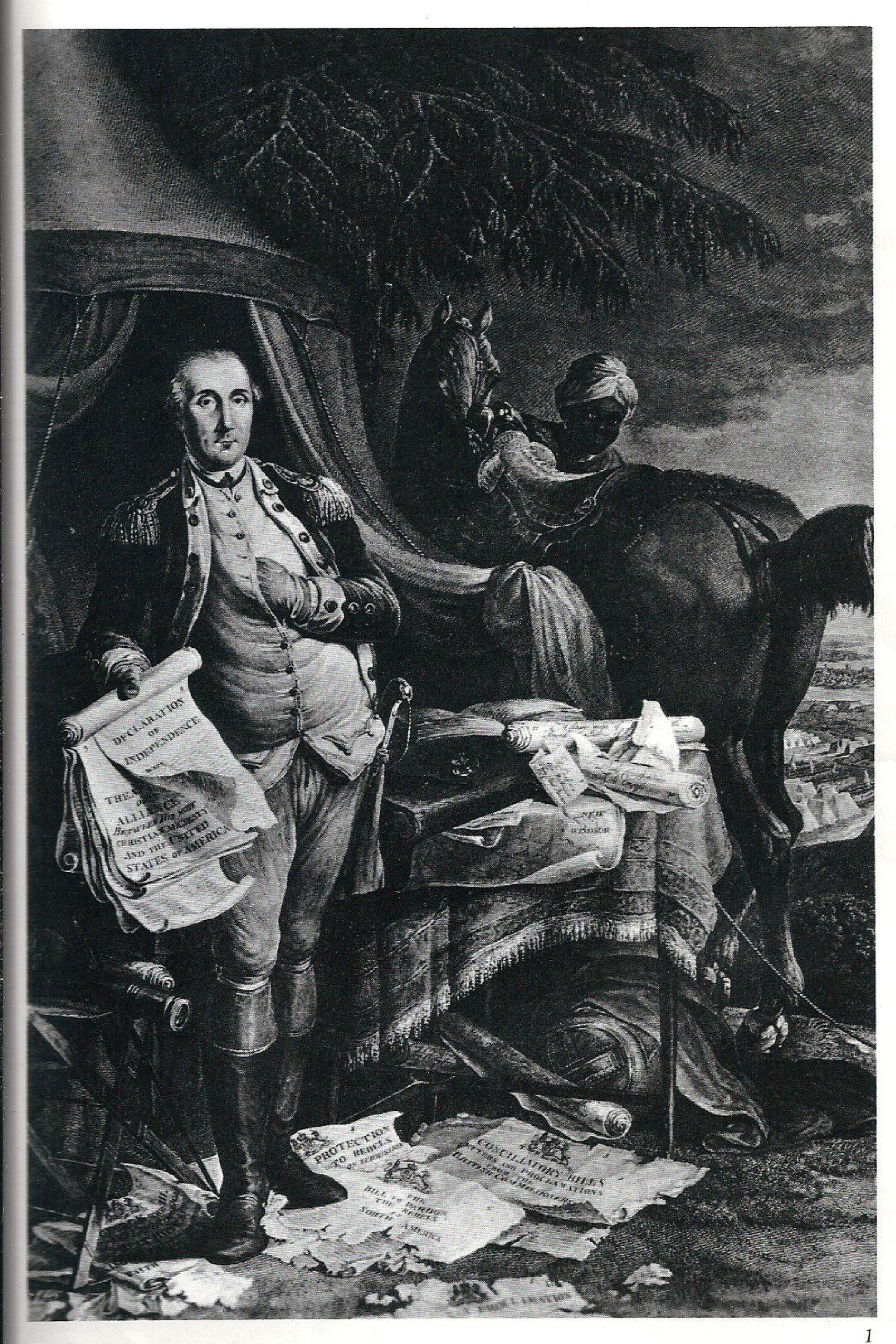
### Nacimiento de un ejército y de una nación

Cuando Washington tomó el comando de las tropas en Boston comprendió inmediatamente que aquellos hombres, a pesar de su espíritu agresivo, no formaban un ejército; carentes de adiestramiento militar y de disciplina, con pocas municiones y ninguna artillería, no existía ninguna posibilidad de que ellos lograran expulsar a los ingleses de la ciudad. Por suerte, el general Howe, al no disponer de fuerzas suficientes para iniciar una campaña de vasto alcance, no intentaba atacar y le concedió a Washington el tiempo precioso en el que éste logró formar su ejército. Al respecto, Washington tenía ideas muy precisas; al no confiar en la milicia, formada por voluntarios cuya antigüedad no superaba las pocos meses, y que por lo tanto no podían lograr un grado adecuado de adiestramiento y de homogeneidad, él puso todas sus esperanzas en el refuerzo de la *Continental Army*, el ejército continental americano dependiente del Congreso, cuya antigüedad era mayor, que podía contar con oficiales más competentes y que dependía completamente de él y no de los Estados que lo enrolaba, como ocurría con la milicia. A pesar de sus esfuerzos, sin embargo, siempre le resultó difícil hacer que el ejército consiguiera la consistencia deseada; el reclutamiento, con carácter de voluntario, era en efecto muy difícil; quien poseía casa, tierra y familia, por muy fiel que fuera a la causa de la independencia, a menudo no sentía deseos de enrolarse, y quien se enrolaba prefería servir en la milicia, en la que los enganches eran más cortos y las pagas más altas. La incompetencia de los oficiales y la facilidad con que presentaban la renuncia si el servicio resultaba demasiado pesado, era otro problema, al que se agregaban las preferencias personales de Washington, quien no veía bien que un pueblerino se elevara al rango de oficial y creía que sólo un gentilhombre, uno cuyo "honor" estuviera en juego, podía ser apto; la escasez de oficiales fue entonces un obstáculo que influyó negativamente en la organización del ejército y al que no dio término el arribo de oficiales voluntarios de Europa, porque se trataba con frecuencia de aventureros deseosos tan solo de hacer carrera. De todos modos, la firmeza y el buen sentido de Washington permitieron superar los primeros meses de dispersión, un resultado que dio sus frutos: en la primavera de 1776, cuando finalmente obtuvo la artillería tan esperada y la apostó en torno a Boston, Howe prefirió embarcarse y dirigirse hacia Halifax, en Nueva Escocia. La maniobra de Howe era acertada, porque Boston se hallaba demasiado al norte para iniciar desde allí una campaña que tocara el corazón de las colonias rebeldes, y era inútil exponerse a riesgos para mantenerla cuando él sabía que, una vez recibidos los refuerzos, y aprovechando su absoluto dominio de los mares, habría podido atacar donde lo deseara. Pero él no comprendió el efecto psicológico que el abandono de Boston tendría sobre los americanos, convenciéndolos de la posibilidad de continuar la guerra y dando fuerza al partido que pretendía la separación total de Inglaterra.

Hasta fines de 1775 este partido contaba con pocos y cautos sostenedores, y los americanos afirmaban, y creían, combatir no contra el ejército de Jorge III sino contra el de su gobierno. Con esto ellos no hacían más que sostener su idea imperial y era con extrema seriedad que Washington y su estado mayor brindaban todas las noches a la salud del rey, así como lo hacían muchos ciudadanos en todas las colonias. Pero cuando llegó la noticia de un discurso de Jorge III en el que hablaba de la sublevación americana como de una "desesperada conspiración" dirigida a la constitución de un "imperio independiente", y afirmaba que las proclamas de fidelidad a su persona no eran sinceras y estaban dirigidas solamente a engañar a los ingleses, en toda América del Norte se verificó una violenta reacción antimonárquica que la publicación del pequeño libro de Thomas Paine, *Common Sense*, en el que se atacaba al instituto monárquico y se incitaba a los *americanos* a darse formas republicanas basadas en el consenso de los gobernados, no hizo más que aumentar. Cuando luego se tuvo noticia de las preparaciones militares inglesas y del reclutamiento de mercenarios alemanes para enviarlos a combatir contra las colonias, pareció cierto que se deseaba tratar a América del Norte como a una tierra de conquista, y algunas asambleas comenzaron a dar instrucciones a sus delegados al Congreso de Filadelfia en el sentido de votar en favor de la independencia. Desde la primavera también Washington se había convencido de la inevitabilidad de este último paso y había comenzado a apoyarlo. De todos modos fue después de grandes debates, a causa de la indecisión de las colonias centrales y sobre todo de Nueva York, que el 2 de julio de 1776 la asamblea votó en favor de la independencia, a la que siguiera, el 4 de julio, la Declaración de Independencia. Desde este momento ya no existía la posibilidad de echarse atrás, y todos los americanos debieron decidir y tomar partido. Muchos de ellos, conviene decirlo en seguida, permanecieron fieles a Inglaterra y crearon cuerpos militares y partidarios que, uniéndose a los regulares ingleses o dándose a la guerrilla, proporcionaron no pocos problemas a las tropas americanas. La mayor parte de la población, de todos modos, fue fiel a la revolución y la sostuvo. También en el exterior la causa de los patriotas americanos se reforzó luego de la declaración de independencia, porque la causa de éstos asumió un significado ideológico, el de la lucha de un pueblo por salvarse del "despotismo absoluto" que se le quería imponer; sobre todo en Francia, el apoyo fue entusiasta, ya que los jóvenes intelectuales iluministas veían a los americanos combatir por una causa de libertad que también era la de ellos.

### La lección estratégica de dos años de derrotas

Pero una cosa era declarar la independencia y otra conquistarla. El mismo 2 de julio el general Howe, una vez recibidos los refuerzos tan esperados, había comenzado a hacer desembarcar sus tropas en Staten Island, frente a Nueva York. En breve él tuvo a su mando 30.000 hombres que pertenecían a los mejores regimientos del ejército inglés. Washington también se dirigió hacia Nueva York para bloquearle el camino al enemigo; teóricamente su ejército contaba 33.000 hombres, pero en realidad, él tenía a su mando menos de 20.000 y de estos muchos, por falta de preparación o por la deficiencia del armamento, no podían enfrentar a los ingleses en campo abierto. Pero, por política entre otras razones, Nueva York debía ser defendida y cuando el 22 de agosto Howe desembarcó en Long Island con 20.000 de sus mejores hombres halló a los americanos que lo esperaban atrincherados en las colinas de Brooklin. El 26 dio batalla. Al advertir que los americanos habían dejado descubierto su flanco izquierdo, él lanzó dos columnas al ataque de las posiciones enemigas y guió personalmente a una tercera en una maniobra envolvente que decidió muy pronto la suerte de la lucha. Luego de perder alrededor de 2.000 hombres los americanos se retiraron en desorden y fue inútil la tentativa de Washington de mandarles refuerzos y de renovar la batalla; en la confusión general solo fue la lentitud de Howe en aprovechar la situación favorable lo que salvó al Ejército Continental de la destrucción. Al día siguiente




1

*En las páginas centrales:*

La batalla de Princenton, *el 3 de enero de 1777, Pintura de Alonzo Chappel* (The Bettmann Archive).

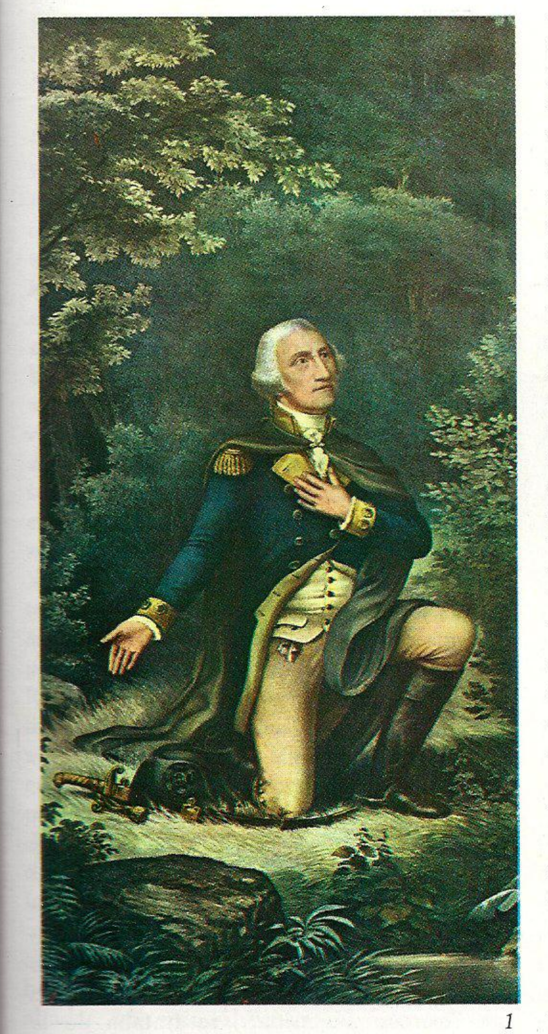
1. George Washington. *Grabado de Noël Le Mire, 1780, de una pintura de Jean Baptista Le Paon, 1779* (The Bettmann Archive).

Washington comprendió que se hallaba en tremendo peligro y decidió retirarse. De noche, sobre pequeñas barcas, en medio de la tempestad y bajo una lluvia intensa, logró atravesar el East River y refugiarse en Manhattan. Fue una maniobra perfecta que salvó al ejército, pero cuando Howe renovó el ataque, Washington ya no se hallaba en condiciones de resistir y Nueva York debió ser abandonada. La primera batalla importante de la guerra había demostrado dos cosas: primero, que los americanos no podían enfrentar a los ingleses en campo abierto porque ni Washington, a quien se le atribuye en parte la culpa de la derrota, ni sus tropas conocían suficientemente la manera de maniobrar en grandes masas; segundo, que los generales ingleses eran demasiado lentos en sus movimientos y no habían comprendido que en aquella guerra las simples victorias, a menos que fueran seguidas por la completa destrucción del enemigo, no servían para nada. La continuación de la campaña no fue más que la verificación de estas presuposiciones. Pero mientras Washington atesoró la lección sufrida y se puso en defensiva huyéndole al enemigo y tratando de extenuar el impulso ofensivo, Howe y los otros generales ingleses prosiguieron en una estrategia que debía llevarlos a la derrota. Estaban acertados al procurarse bases seguras, como Boston o Nueva York, desde las cuales podían lanzar ofensivas hacia el interior, pero al perseverar en conquistar una después de otra las ciudades como se hacía en Europa, no podían esperar la victoria final. En efecto, las colonias americanas estaban constituidas por cantidades de pequeños pueblos y las pocas ciudades no tenían importancia logística y estratégica como en Europa. Además, las enormes distancias hacían aleatorias a las comunicaciones, ya difíciles por la naturaleza del terreno, y daban oportunidad a las formaciones pequeñas, de las que los americanos disponían, de interrumpirlas con audaces golpes de mano; ello hacía que los movimientos de los ingleses fueran lentos o imposibles, y que el errado planteo estratégico al que obedecían los tornaran inútiles. Washington entonces se convirtió en maestro en la tarea de no crear nunca un objetivo exacto contra el cual el enemigo pudiera dirigir el propio esfuerzo, en extenuarlo en una caza continuada. En vista de estas dificultades mucho generales, decían, en Inglaterra, que era imposible aplastar la revolución; pero existía una posibilidad, solo que la misma no consistía en conquistar esta o aquella ciudad, sino en atrapar y destruir el Ejército Continental; el mismo y su jefe se habían elevado a símbolos de la independencia americana y de la voluntad unitaria de las colonias. Probablemente, entonces, los diversos cuerpos locales y las unidades de la milicia se habrían dispersado al saber de su desaparición de la escena. Pero el somnoliento general



*1*. La caída de Yorktown, *17 de octubre de 1781* (The Bettmann Archive).

2. El general Washington orando en Valley Forge, *en junio de 1778. Litografía de una pintura de Sambert Sachs* (The Bettmann Archive).



*1*

Howe no era el más adecuado para jugar tal juego y esto le permitía sobrevivir a los americanos. Sobrevivir era el lema de Washington en el invierno de 1776, mientras veía dispersarse a su propio ejército debido a las deserciones y a la renuncia de muchos hombres en cuanto a renovar el contrato; con aguda intuición él comprendió que para evitar esta autoextinción de la causa americana era necesario un suceso, si no importante, inequívoco. La noche de Navidad guió personalmente una columna de hombres en una marcha entre la nieve hacia Trenton, donde se hallaba una fuerte guarnición de mercenarios alemanes. Una vez atravesado el semicongelado río Delaware, sorprendió completamente al enemigo y capturó en poco tiempo 1.000 prisioneros. Este audaz golpe de mano no modificó la situación militar, pero hábilmente publicitado, devolvió a los americanos la confianza en su causa y en Washington. A pesar de ello, cuando Howe y sus hombres salieron del largo letargo invernal, Washington sólo disponía de 4.000 hombres; pero la lentitud con que los generales ingleses elaboraron y pusieron en práctica un complejo plan estratégico le permitió, ahora, con el apoyo de toda la nación, reconstruir su ejército y afrontarlos. El plan inglés comprendía la conquista de Nueva Inglaterra, de Canadá y de Filadelfia; con un desembarco desde el mar Howe se encargó personalmente de la segunda operación y halló nuevamente a Washington de frente. La campaña tuvo un ritmo similar al que tuviera la que se desarrolló alrededor de Nueva York; los ingleses, superiores en fuerzas y medios, avanzaron lentamente, los americanos intentaron detenerlos el 9 de setiembre en Brandywine Creek, no lo lograron aunque se batieron con coraje y debieron abandonar Filadelfia. Howe ni siquiera esta vez aprenhendió el significado estratégico de la campaña y, en lugar de seguir al enemigo y tratar de destruirlo, se contentó con el éxito obtenido deteniéndose a invernar en la ciudad conquistada. Su victoria ni siquiera compensaba la pérdida del ejército que el general Burgoyne había guiado contra Nueva Inglaterra y que se había rendido en Saratoga. Al no saber cómo eran los bosques vírgenes americanos, él había imaginado una especie de maniobra relámpago para unirse al general Clinton que había partido de Nueva York para encontrarle; pero se había visto obligado a marchar con grandes dificultades, enfrentando a la milicia de los Estados de Nueva Inglaterra y a un fuertemente destacamento de regulares que Washington había enviado al norte para que se concentraran en torno a él. Rodeado, privado de refuerzos, reducido a una aplastante inferioridad numérica por las deserciones de los mercenarios alemanes y de los indios, rechazado en sus ataques por la mayor adaptabilidad de los americanos a la guerra en los bosques, Burgoyne no había podido evitar la rendición. Saratoga fue la primera gran victoria de los americanos y se trató de una victoria que equivalió a toda una guerra, porque convenció a Francia a la abierta intervención en favor de los americanos; pero las provisiones y los refuerzos franceses no pudieron llegar todavía por mucho tiempo, y fue en cambio en el invierno de 1777-78 cuando Washington y el Ejército Continental debieron soportar las más duras pruebas.

### El invierno en Valley Forge

A pesar de la pérdida de Filadelfia, Washington se había convertido a los ojos de los americanos y de quienes los sostenían en el símbolo mismo de la Revolución; conscientes de las increíbles dificultades que él encontraba y de lo acertado de la estrategia que perseguía, veían en él al héroe que no se plegaba, al hombre capaz de resurgir más fuerte luego de cada derrota. De esta popularidad, que ya casi rozaba la idolatría, él tenía prueba en las cartas de amigos fieles, como Lafayette, el joven noble francés que corriera a combatir por la libertad americana: "Si América os perdiera no habría nadie capaz de mantener en vida al Ejército o la Revolución por seis meses", y también en las cartas de aquellos que, como el pastor Jacob Duché, perdida toda confianza en la victoria, esperaban solo una paz honorable y veían en él al único hombre a quien los ingleses habrían escuchado: "Todo el mundo sabe que la existencia del Ejército sólo depende de vos; que vuestra muerte o vuestra captura la harían desaparecer en un instante y que no existe nadie, en América, capaz de sucederos." El Ejército Continental había sido el fruto del continuo esfuerzo organizador de Washington, y el mismo representaba a América; Washington, entonces, representaba a América a los ojos de los americanos y también de muchos ingleses, que apreciaban su trato señorial, sus riquezas y su indómito coraje.

En el oscuro esfuerzo por mantener unido y mejorar un ejército siempre derrotado había demostrado sus cualidades de jefe, pero hacia fines de 1777 se desarrolló entre los altos oficiales un notable descontento a su respecto. Hombres menos pacientes y menos realistas que él, incapaces de resistir la humillante rutina que la guerra les imponía, comenzaron a discutir sus fracasos, que parecían aún más graves si se los comparaba con la victoria obtenida por el general Horatio Gates en Saratoga. La tradición pretende que existió un verdadero complot para quitarle el comando a Washington y dárselo a Gates, complot cuyo principal inspirador habría sido el general Thomas Conway, un voluntario irlandés que se había dedicado a la causa americana. Indudablemente, resulta difícil saber con exactitud cómo ocurrieron las cosas. En efecto,

es cierto que Conway escribió a Gates diciéndole que habría preferido verlo a él en el lugar de Washington en el comando del ejército, así como es cierto que Gates, luego de su victoria en Saratoga, perdió buena parte de su deferencia para con el comandante supremo. También es innegable que Conway era un intrigante que trataba de alcanzar posiciones de poder; pero probablemente no existió ningún complot, sino una serie de feroces ataques de carácter personal. Los mismos llegaban en un momento muy delicado para el Ejército Continental, que estaba a punto de disgregarse por el hambre y el frío en los cuarteles invernales de Valley Forge, y para su comandante, que trataba desesperadamente de mantenerlo en vida. Consciente no solo de los errores de evaluación en que habían incurrido sus adversarios, pero también del peligro mortal que se originaría en una situación incierta en los altos grados del ejército, Washington reaccionó como si realmente hubiera existido un complot contra él, informó al Congreso del asunto y colocó a Gates frente a sus presuntas responsabilidades. Obligado a descubrirlo, Gates entendió pronto que no podía empeñarse en una lucha por el poder contra Washington y cedió, negando haber hecho nunca nada para denigrar al comandante supremo. En su lucha contra Gates, Washington utilizó una única arma: su propio prestigio; es decir, utilizó su propia fama de integridad y de patriotismo y con la misma aplastó a los adversarios demostrando que el *mito Washington* ya estaba radicado en los ánimos de los americanos. Patrick Henry le escribió: "Mientras vos afrontáis en el campo a los enemigos de nuestra libertad, y con el favor de Dios vuestra salvación ha sido preservada hasta ahora, espero que nuestra nación no esconderá nunca en su corazón al infiel que desee destruir al mejor Defensor" y con estas palabras resumió el estado de ánimo de la gran mayoría del país. De esta complicada vicisitud Washington salió reforzado políticamente y también moralmente, resaltando aún más su cristalina honestidad de pensamiento y de acción contra las oscuras maquinaciones atribuidas a sus adversarios. Y en el campo los soldados brindaron al grito de "Washington o no Ejército", un brindis que tenía el carácter de juramento de fidelidad si se piensa en las desesperadas condiciones en que se hallaron los hombres a comienzos de 1778.

Abandonada Filadelfia, Washington había decidido instalar sus cuarteles invernales en Valley Forge, un pequeño valle circundado por densos bosques a poco más de treinta kilómetros de la ciudad, porque desde allí podía controlar los eventuales movimientos del enemigo. La posición era estratégicamente óptima, pero el campo invernal aún debía construirse; además las provisiones de víveres se habían terminado y los implementos para construir los reparos escaseaban. Por mucho tiempo los hombres debieron permanecer bajo las simples tiendas en pleno diciembre, vestidos en modo del todo inadecuado y sin siquiera obtener abrigo para cubrirse. Casi todos los días se elevaba de las tiendas una interminable cantilena: "Nada de comida, nada de comida" y los observadores que llegaron al campo volvieron desesperados y contaban que más de la mitad de los hombres carecían de capotes y de camisas, que muchísimos caminaban a pies desnudos en la nieve y que muy pocos estaban en condiciones de prestar servicios. En esta situación, Washington se hallaba en la imposibilidad de impedir que los destacamentos ingleses que salían de Filadelfia realizaran batidas en los alrededores, tanto más porque estaba obligado a enviar a buscar provisiones a los pocos hombres en condiciones de moverse. Su primer deber, como durante el invierno precedente, era el de hacer sobrevivir al ejército y se encargó con energía, logrando obtener del débil Congreso de los Estados Unidos el mínimo indispensable e infundiendo coraje a los hombres con su continuada presencia entre ellos. Pero también se movió en el sentido de reforzar el ejército y sus servicios para evitar, en lo posible, una nueva experiencia como la de Valley Forge. Por lo tanto remodeló el ejército y reestructuró su sistema logístico, logrando también mejorar los canales de comunicación con el poder político. Con la ayuda del barón prusiano Von Steuben, recién llegado de Europa, pudo también, en los últimos meses del invierno, perfeccionar en modo decisivo el adiestramiento de sus tropas que gracias a la aplicación de los métodos de ejercitación vigentes en el ejército prusiano, estuvieron en grado de enfrentar también en campo abierto a los veteranos ingleses. No fue, entonces, un invierno perdido el de Valley Forge, antes bien, el mismo está considerado como la prueba suprema, la que forjó al ejército americano y lo puso en grado de terminar victoriosamente la guerra.

### De la intervención francesa a Yorktown

En la primavera de 1778 el Ejército Continental nuevamente estaba pronto a combatir; este fue un hecho que irritó en buena medida al general Howe, que esperaba el colapso de la resistencia americana luego de la pérdida de la capital, Filadelfia. Cuando luego recibió el anuncio de que no recibiría los refuerzos solicitados, Howe presentó su dimisión y volvió a Inglaterra. Su sucesor, el general Clinton, prefirió entonces abandonar Filadelfia y replegarse sobre Nueva York par organizar una nueva ofensiva. Una vez más se demostraba que cada victoria inglesa era inútil; así como estaban las cosas, los ingleses volvían a hallarse en el mismo punto del que habían partido dos años antes y Washington lo notaba con evidente satisfacción en uno de sus cartas: "Los dos ejércitos han vuelto al punto del que habían partido y aquel que al comienzo se hallaba a la ofensiva está ahora reducido a utilizar azadas y picos para defenderse", es decir, a atrincherarse. En tanto, Francia había intervenido formalmente en la guerra al lado de los Estados Unidos, de los que había reconocido la independencia, y una flota francesa, comandada por el almirante Girard d'Estaing, llegó a las costas americanas. La colaboración entre los *yanquees* y los *fleur-de-lis* resultó por largo tiempo muy precaria, y hubo quien la declaró nociva, pero esto no es cierto. Las incomprensiones y la dificultad de organizar operaciones en común estaba ampliamente equilibrada por el refuerzo de la posición internacional de los Estados Unidos y por la posibilidad de recibir abastecimientos indispensables; luego de un período de ajuste la alianza dio sus frutos también en el plano puramente militar.

Hasta 1781 ingleses y americanos combatieron con fortuna alternada: los primeros agotando sus propias energías en extenuantes persecuciones del enemigo y obteniendo victorias que no les daban el control de alguna amplia zona del país, si se exceptúa Georgia, donde lograron restablecer la administración colonial; los segundos trataron de aplicar en el mejor de los modos la estrategia que Washington había formulado y el Congreso había hecho propia a comienzos de 1778: "Permanecer a la defensiva y esperar los sucesos, no intentar ningún movimiento ofensivo contra el enemigo hasta que las circunstancias no ofrezcan una mejor oportunidad de atacar con éxito." Esta oportunidad llegó en 1781 y Washington dio buena cuenta de ella. El año había comenzado mal para los americanos, que habían debido superar una enésima crisis logística y que habían sido derrotados en el sur, donde el general Gates fue puesto fuera de la causa y los ingleses conquistaron Carolina del Sur. Para obviar la situación Washington envió al general Green con la misión de guiar contra los ingleses un "ejército fantasma": se trataba de la aplicación de los mismos esquemas tácticos que habían tornado inútiles las victorias inglesas en el norte, y el resultado, también en este caso, no se hizo esperar. El general Cornwalis, que había guiado la victoriosa campaña inglesa, comenzó a seguir a Green, lo derrotó pero no en forma definitiva, fatigó a su tropa en una caza inútil y por fin cometió, como era de prever, un error. El error fue el de invadir Virginia, tal vez esperando sofocar uno de los focos de la revuelta; pero al hacerlo abandonaba a las guarniciones inglesas dejando libertad a Green para contratacar en aquella región y, en el terrible verano virginiano, lanzó a sus hombres en una empresa aleatoria en la que no podía esperar ninguna ayuda, al

contrario de lo que había ocurrido en Carolina, de la población local, ferozmente antiinglesa. Además, Clinton lo privó de una parte de sus tropas para utilizarlas en una proyectada expedición contra Filadelfia. En tanto, Washington intentaba a su vez atacar a Nueva York y no pensaba en una campaña en Virginia, en donde había destacado a Lafayette con la misión de fatigar a Cornwallis; pero el general Rochambeau, que comandaba el cuerpo de expedición francés llegado un año antes, le comunicó que la flota francesa salía de sus bases en el golfo de México hacia las costas americanas; ello cambiaba el cuadro estratégico porque, de ser utilizada en el momento propicio, la misma habría podido asegurar, por algún tiempo, la superioridad naval de los aliados e impedir el envío de refuerzos y abastecimientos a Cornwallis. Este último, en efecto, luego de haber intentado inútilmente provocar a Lafayette a la batalla, se había retirado con sus 7.200 hombres hacia el mar y se había detenido en Yorktown, a la espera de embarcarse para reunirse a Clinton y atacar a Filadelfia junto a éste. Washington comprendió que este movimiento lo condenaba a Cornwallis si los franceses lograban bloquearlo el mar y esbozó un breve plano de ataque. Así, mientras Clinton esperaba, en base a documentos capturados, un ataque contra Nueva York, y reforzaba las defensas de la ciudad, Washington y Rochambeau movían en gran secreto sus fuerzas hacia Yorktown, abandonando las posiciones en torno a Nueva York y Newport. Una circunstancia desafortunada, la captura de documentos oficiales, se reveló por lo tanto en inmensa ayuda para Washington, quien por fin tuvo suerte luego de muchos años de desventuras. La marcha de las columnas francesas y americanas procedió sin inconvenientes, el encuentro con Lafayette se produjo en el tiempo establecido y también el almirante conde de Grasse fue puntualísimo, quien además desalentó a la flota inglesa en cuanto a intentar el salvataje de Cornwallis mediante una incluyente batalla naval. Sólo restaba comenzar el asedio. Cornwallis, con 7.000 hombres contra los 15.000 de las fuerzas aliadas, no tenía salvación, pero su resistencia fue aún inferior de lo que se esperaba. Luego de que sus dos bastiones adelantados fueron aplastados por las bayonetas y cuando un centenar de cañones comenzaron a batir sus defensas él prefirió rendirse, dos semanas antes de lo que Washington esperaba, el 17 de octubre de 1781.

Con la caída de Yorktown generalmente se da por terminada la guerra, ya que ninguna otra batalla importante tuvo lugar, pero en realidad las hostilidades sólo cesaron en marzo de 1783, cuando llegó la noticia de que en enero se había firmado la paz en París. Y en aquel año y medio no faltaron dificultades; por el contrario, dejado solo por los franceses que volvieron a su patria, con abastecimientos cada vez más escasos, también a causa de la apatía que surgiera en el país luego de la victoria de Yorktown, y con los ingleses que, reconquistada la superioridad, realizaban raids destructores contra las ciudades costeras, Washington se sintió al borde de la derrota en 1782. Logró evitarla sometiéndose a la tarea de mostrar, con sus comportamiento firme y con su capacidad para esconder al enemigo la real situación, que los americanos estaban decididos a continuar la guerra indefinidamente. Los ingleses, ya desalentados por los fracasos y sofocados por el costo de la guerra, abrieron entonces tratativas de paz.

Con la aceptación por parte de Inglaterra de la independencia americana, la misión de Washington había terminado y el general, aclamado Padre de la Patria, se retiró a Mount Vernon. Sin embargo, él tenía clara conciencia de los problemas del país para creer que la victoria traería automáticamente felicidad y bienestar y, con fina intuición, en la misma carta en la que comunicaba al general Green la firma del tratado de paz, esbozaba un cuadro de los problemas que la nueva nación debía enfrentar: "Ahora sólo resta a los Estados ser prudentes y fundar su independencia sobre la base de una unión inviolable y eficaz y de una federación estable que pueda evitarles el convertirse en el deporte de las naciones europeas; que el cielo les dé la prudencia necesaria para adoptar aquellas medidas que son necesarias para alcanzar este fin tan importante." Esta exacta evaluación, sin embargo, no nacía de una verdadera conciencia política, sino de una gran experiencia y del realismo con el cual Washington sabía observar los hechos; la misma, por lo tanto, no se mutaba en voluntad política y esta es la razón por la cual él prefirió retirarse: a él no le correspondería poner en movimientos las cosas. Conscientemente Washington jugaba la parte de hombre del destino, el hombre llamado cuando surge la necesidad y que sabe manejar un pueblo en el momento del peligro o de las grandes decisiones, no la del que busca día a día las soluciones y que, con los propios errores y con las propias capacidades, hace madurar los grandes sucesos.

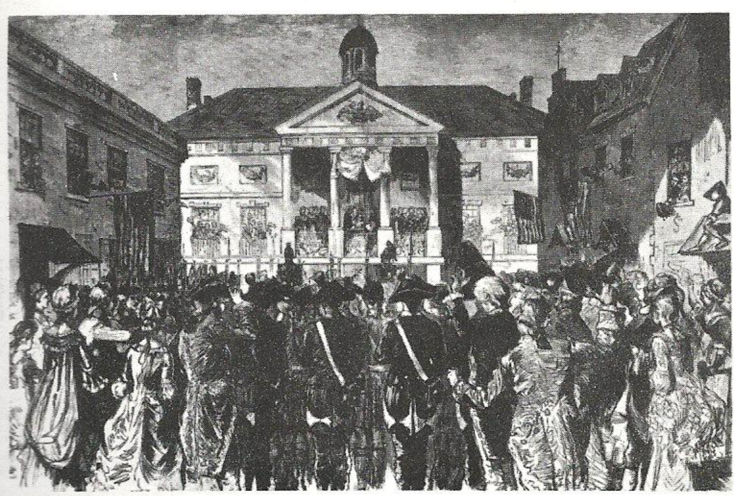
**De la Confederación a la Constitución**

Vuelvo a Mount Vernon, Washington se dedicó con alegría al embellecimiento de su casa y al mejoramiento de los cultivos. Por las razones expuestas, la política no lo interesaba y él no trató de hacerse elegir para la asamblea de Virginia, ni de convertirse en gobernador, lo que habría sido fácil. En cambio ordenó libros, hizo construir un gran invernadero, se dedicó completamente a las tareas de propietario y de agricultor que le eran caras. Al considerar cumplida su misión había abandonado su actividad pública y, casi con deseo, reasumido la privada. Desde su Mount Vernon escribía sentirse ya "un ciudadano americano particular en las márgenes del Potomac... sentado bajo mi vid y mi higuera, libre de la agitación del campo y de las intrigas de la política". Los periódicos escribían de él como de un segundo Cincinnato, y él aceptaba la comparación. Por dos años puedo cultivar sus sueños geórgicos que a él, siempre de estilo tan seco y rudo, le hacían escribir: "Ver las plantas que nacen de la tierra y florecen por la habilidad y la generosidad de quien las trabaja puebla a una mente contemplativa de ideas que son más fáciles de concebir que de expresar". Pero Washington no era y no podía permitirse ser una "mente contemplativa", todo conjuraba para volver a llevarlo hacia la vida pública.

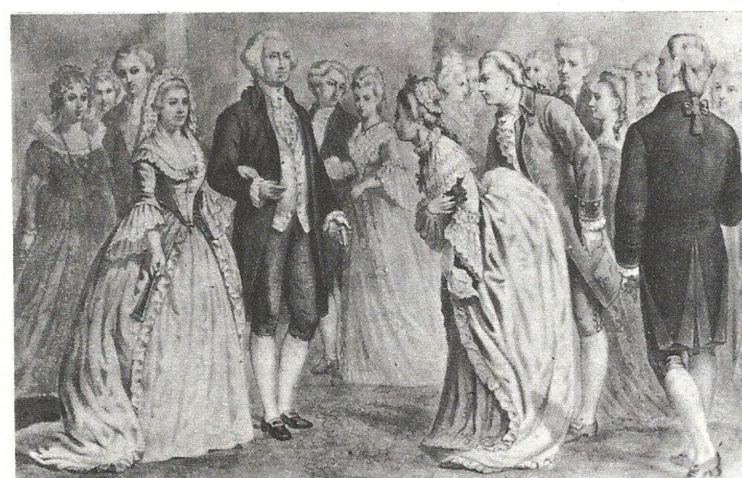
Las trece colonias convertidas en trece estados, estaban regidas por una Constitución Confederal aprobada por el Congreso en 1777 y que entrara en vigencia en 1781. La misma era el típico fruto del período revolucionario, cuando las colonias veían como único e indeclinable bien su libertad y autonomía. Por ello la Constitución era, ante todo, confederal, es decir, establecía vínculos políticos entre Estados que eran y continuaban siendo independientes entre sí. Como consecuencia, el poder central era muy débil, no habiéndose previsto un verdadero gobierno sino sólo ministerios independientes entre sí, con escasas funciones y cuyos jefes eran nombrados y removidos directamente por el Congreso. Los poderes de este último eran a su vez muy limitados y, en la práctica, se reducían a la política exterior y a la reglamentación del comercio y de los asuntos indianos. Para su financiación, el Congreso dependía completamente de los Estados, que no le habían concedido el poder de imponer impuestos. Tampoco existía un sistema judicial común y, entonces, la Constitución Confederal creaba un organismo muy similar a lo que habría debido ser el imperio británico para las colonias.

Durante la guerra de independencia la fragilidad del poder central había sido una de las causas principales de la continua insuficiencia de los abastecimientos al ejército, y Washington se había lamentado numerosas veces de ello. Por lo tanto, él no podía dejar de prestar oídos a las crecientes críticas que se dirigían al sistema federal; pero, como siempre, no deseaba ser el primero en tomar la iniciativa. Su salud empeoraba, la conciencia de no tener preparación para entrar en la vida política y su amor por la vida que llevaba en Mount Vernon, lo retenían. En fin, si él era rápido al evaluar con su usual perspicacia las soluciones que otros le ofrecían, sin embargo no tenía soluciones propias que ofrecer. En tanto, la caótica situación económica, con monedas diversas en uso en cada Estado y cuyo valor era sostenido con medios artificales, había creado enormes descontentos, primero entre los acreedores que había visto evaporarse sus cré-

1



2



3

*1. Washington presta juramento en el Federal Hall de Nueva York* (The Bettmann Archive).

*2. La elección de Washington en el Federal Hall el 30 de abril de 1789. Dibujo de C. C. Rinehart* (The Bettmann Archive).

*3. Una recepción presidencial en 1789. Litografía de Currier e Ives* (The Bettmann Archive).

*En la página 52:*

1. Washington pasa revista al ejército en Fort Cumberland. *Pintura de F. Kemmelmeyer, 1795. National Gallery of Art, Washington, D. C.* (Usis).

2. Renuncia de Washington. *Pintura de John Trumbull* (The Bettmann Archive).

ditos con la desvalorización; luego, a continuación de las medidas tomadas, entre los deudores que no hallaban más en el mercado el dinero para pagar y eran arrastrados a los tribunales. En Massachusetts se llegó a una verdadera revuelta armada de deudores, que sólo se calmó con la intervención de la milicia estatal. La impresión que suscitara esta revuelta, que parecía presagiar una revolución social o la disgregación de la Confederación, alarmó más que el caos económico a la clase dirigente que comprendió la necesidad de modificar la Constitución para recrear la unidad nacional. Luego de una serie de tentativas se llegó así a la Convención nacional de Filadelfia de 1787, de la que surgiría la nueva Constitución.

"Todos desean ardientemente que estéis presente; se considera de la mayor importancia para el éxito de la Convención... la absoluta confianza del pueblo en vuestro patriotismo y en vuestra prudencia facilitará enormemente la adopción de cada modificación importante que sea propuesta por una Convención de la que fuisteis miembro y presidente". Henry Knox, ex comandante de la artillería del Ejército Continental, puntualizaba así el rol que los sostenedores de la reforma esperaban que Washington asumiera, un rol de prestigio, una especie de garantía ofrecida a todos los ciudadanos en el sentido de que las decisiones serían prudentes porque él vigilaría los procedimientos. Si él no hubiera estado presente, "la maledicencia y la malicia podrían sugerir que según vos sería mejor reformar el Estado con la fuerza", continuaba diciendo Knox. Frente a tales opiniones Washington comprendió que su sueño de vida tranquila y apartada era imposible. La nación que lo había elegido como padre de la patria no lo podía dejar vivir como un ciudadano particular: todos sus actos, tanto en su hacer como en su no hacer, tenían inmediata repercusión en el país, y él no podía no tenerlo en cuenta; entrado a los cincuenta años en la leyenda, no podía sustraerse a la misma. Luego de asegurarse de que los delegados elegidos por los Estados eran personas de gran calidad y de que el Congreso aprobaba la Convención, aceptó participar en la misma, escribiendo que lo hacía "para impedir cualquier crisis tremenda". Su decisión suscitó el entusiasmo general y el mito de Washington adquirió raíces más profundas en el corazón de los americanos, que con alivio vieron que "este gran patriota —como escribiera el *Pennsylvania Herald*— no considerará nunca haber concluido su propio deber mientras haya algo que hacer por la nación".

Las sesiones de la Convención se iniciaron el 13 de mayo de 1787 bajo la presidencia de George Washington y se prolongaron hasta el 17 de setiembre, día en que los delegados firmaron el texto de la nueva Constitución, que debía entrar en vigor cuando estuviera ratificada por nueve Estados sobre trece. Entre los *Padres Constituyentes*, como se los llamó, se hallaban todos los mayores líderes de la revolución, salvo los más radicales, es decir, aquellos que se batían por dejar amplios poderes a los Estados independientes y para darles pocos al gobierno central y a los locales, sosteniendo que éste era el único medio para salvar a América de la tiranía. Como consecuencia, los delegados a la Convención eran todos favorables al reforzamiento de los poderes públicos centrales para dar seguridad y orden al país, es decir, eran favorables a una *Constitución federal* en la que, aun dejando una amplia esfera de autonomía a los Estados, estos últimos estuvieran sometidos estrictamente al gobierno central en los asuntos de importancia nacional. Pero dado que también temían el excesivo envilecimiento de la función de los Estados, se decidió especificar cuidadosamente los poderes federales, quedando convenido que todos los otros les correspondían a los Estados mismos. Planteado este principio, se estableció otro que, con el primero, formó la base de la Constitución americana: se trata del principio del equilibrio y de la división de los poderes, en base al cual, identificadas las tres grandes funciones del Estado, legislativa, ejecutiva y judicial, se las subdivide en tres órganos diversos, parlamento, presidente y tribunales en modo que ninguno de los tres pudiera asumir una posición dominante. Así, por ejemplo, el presidente tenía un control absoluto sobre el ejecutivo, pero debía someter muchas de sus decisiones al senado para su aprobación; a su vez, aprobaba las leyes presentadas por el parlamento para que fueran válidas. Para dar vigor y sustancia a la unidad nacional, el ejecutivo fue investido del poder de imponer tasas directamente sobre los ciudadanos, de crear un ejército nacional, de dirigir la política exterior y la económica y comercial del Estado; además, se estableció que las leyes del parlamento federal fueran obligatorias para todos por encima de aquellas de los Estados mismos. Estas decisiones, que cambiaban profundamente la estructura política de los Estados Unidos, no fueron tomadas sin debate; más de una vez pareció, por el contrario, que la Convención estaba por disolverse sin resolver nada, un fracaso cuyas consecuencias sobre el país habrían sido incalculables, pero finalmente el deseo unitario predominó y se logró llegar a un arreglo. Uno de los casos de divergencia más graves se originó en la cuestión de la representación: los estados grandes y populosos, en efecto, deseaban que el Congreso fuera elegido en base proporcional, porque en tal caso ellos habrían dominado la escena política del país; los pequeños, en cambio, sostenían que como en el Congreso Confederal, a cada Estado debía asignársele un voto, independientemente del número de sus diputados. Luego de largas discusiones se estableció el principio según el cual la elección sería proporcional para la cámara de diputados, y para el senado, en cambio, cada Estado eligiría dos representantes, independientemente de la población. De este modo se salvó tanto el principio democrático de la representación proporcional como el federal de la representación por Estados. George Washington, actuando en calidad de presidente y, en cierto sentido, moderador de la asamblea, no pronunció discursos ni tomó posición sobre ninguno de los problemas debatidos, pero votó en todas las cuestiones y, en general, en favor de los sostenedores de un gobierno fuerte; además pudo ejercer su obra de mediador cada vez que la discusión estaba a punto de degenerar salvando, como comúnmente se cree aun cuando no hay pruebas directas porque las reuniones eran secretas, a la Convención del fracaso. Luego de la firma de la Constitución permaneció largo rato meditando sentado en su puesto. En efecto, él estaba seguro de la bondad de la obra realizada, de la que Franklin había dicho que le sorprendía porque era casi perfecta, pero sabía que todo sería vano si no se llegaba a la ratificación por parte de los Estados, y él preveía que el camino sería largo y difícil.

La misma razón por la cual los elementos más radicales del país no habían concurrido o no habían sido invitados a la Convención de Filadelfia, es decir, la oposición de éstos a la centralización excesiva del poder por antidemocrática, hizo que los mismos combatieran la ratificación de la Constitución aprobada en la convención. Aparte de ello, se servían de otros dos argumentos: que los derechos de los ciudadanos no estaban garantizados por la Constitución porque en la misma no está contenida una Declaración de tales derechos obligatoria para los poderes públicos, y el otro, que los delegados a la Convención habían excedido los poderes que los atribuyera el Congreso, el cual sólo los había llamado para sugerir modificaciones a la Constitución Confederal. Ambos puntos eran ciertos, pero gran parte de la población convenía en que la nueva Constitución era tan superior a la antigua que no valía la pena detenerse en cuestiones de forma, y otros abandonaron su oposición cuando los federalistas, así se llamaba a los sostenedores de la ratificación, declararon que, con una serie de *enmiendas*, serían incorporados en la Constitución los derechos inalienables de los ciudadanos. Por lo tanto, una tras otra, las asambleas de los diversos Estados ratificaron la Constitución, hasta que en abril de 1788 se alcanzó el fatídico número de nueve. La Constitución estaba así en vigencia; pero suscitaba gran preocupación el hecho de que los dos Estados más populosos, Virginia y Nueva York, a pesar de los esfuerzos de Washington en el primero y de Alexander Hamilton y John Jay en el segundo, no la

1

2

hubieran ratificado aún. Pero en junio Washington, vigorosamente ayudado por hombres como James Madison y el gran jurista John Marshall, ganó la partida y tam-Virginia ingresó en la Unión; cuando también la asamblea de Nueva York dio su asentimiento se celebró en todo América del Norte con desfiles, bailes y fuegos artificiales el feliz arribo al puerto, según la expresión de un periódico neoyorquino, de la nave "Federación" y el contemporáneo hundimiento sobre los "escollos de la Unión" del barco "Anarquía".

Solo restaba aplicar la nueva Constitución eligiendo al parlamento y nombrando al presidente. Los huéspedes que llegaban diariamente a Mount Vernon traían una sola noticia: que todo Estados Unidos deseaba a Washington como primer presidente de los Estados Unidos.

**El presidente Washington**

La vida de George Washington se había caracterizado por una serie de apariciones en primer plano cada vez que su tierra, ya sea Virginia o los Estados Unidos, se había hallado en peligro, y de otros tantos retiros en los intermedios, mientras maduraban los acontecimientos. Habituados a ello, los americanos sentían la necesidad del retorno de Washington a la escena a la cabeza del primer gobierno federal y esperaban que así como él había creado casi de la nada un ejército en 1776, de la misma forma creara un Estado en 1789 según el modelo esbozado en la Constitución. Fue entonces con extrema y tumultuosa alegría que ellos tomaron la unánime elección del *pater patriae* como primer presidente de los Estados Unidos, como si este hecho de por sí bastara para darle estabilidad a la nación. Washington, en cambio, era dolorosamente consciente, como escribiera a Henry Knox, de hallarse frente a "un océano de dificultades, sin la competencia, la habiliad política, capacidad e inclinación, necesarias para dirigir el timón... Todo lo que yo puedo prometer —continuaba— es integridad y firmeza"; pero esto, unido a sus capacidades de racionalización y de análisis que lo convertían en un formidable organizador, eran justamente las dotes necesarias para hacer lo que se le solicitaba, es decir, poner en movimiento al Estado y dar sustancia a las normas de la Constitución.

Los ocho años de presidencia de Washington, si bien colmados de sucesos y preanuncios de dramáticos desarrollos para la historia estadounidense, parecen desprovistos de hechos clamorosos; pero tienen una importancia no desatendible porque, bajo la dirección de Washington se fundaron sobre sólidas bases las instituciones del nuevo Estado. En 1789, en efecto, si se exceptúan los poquísimos empleados con cinco meses de sueldos atrasados que dejara la Confederación, los Estados Unidos no tenían un sistema administrativo y los bellísimos principios de la Constitución no eran más que palabras. Al darles vida, Washington tenía dos puntos a su favor, es decir, la ausencia de graves problemas que dividieran a la opinión pública y la confianza absoluta que los americanos ponían en sus actos. Ello le permitió, por una parte, dedicarse tranquilamente a la construcción del mecanismo administrativo federal, y por el otro, experimentar las soluciones más adecuadas sin temer reacciones hostiles en caso de fracaso.

Su primera preocupación fue la de reforzar al ejecutivo en general, y la posición del presidente en particular, en modo que la acción de esta rama del Estado fuera rápida, eficiente y sometida a una dirección unitaria. Por lo tanto, él obtuvo desde los primeros meses de la presidencia el derecho de nombrar y de licenciar a los jefes de los distritos y los responsabilizó ante sí y no ante el Congreso, como sucedía en el período confederal. Ello no significaba que Washington deseaba instaurar una especie de régimen autocrático; por el contrario, él eligió como colaboradores a algunos hombres entre los más influyentes de América y, consciente de sus propias limitaciones en muchos campos, buscó y siguió el consejo de éstos. En su primer gabinete Alexander Hamilton, su ex ayudante de campo durante la guerra, tenaz defensor de la Constitución federal y de un gobierno "fuerte", se convirtió en ministro del Tesoro, puesto en el que pudo formular la política económica de la nación; Thomas Jefferson, el autor de la declaración de la independencia y por largo tiempo embajador en París, tuvo el puesto de ministro de asuntos exteriores; Henry Knox que, como hemos visto, había sido uno de los más íntimos consejeros de Washington, continuó siendo ministro de guerra como durante la Confederación; John Jay, experto hombre político y diplomático neoyorquino, fue presidente de la Corte Suprema, y otros hombres de grandes cualidades y experiencias fueron nombrados en los otros puestos de relieve. Washington sabía que podía confiar en ellos y por lo tanto, si bien asumiendo la responsabilidad de cada acto, los consultaba en todas sus decisiones importantes. Estas consultas eran a menudo colectivas y en las mismas se establecía la línea política general del gobierno; así surgió la costumbre de las reuniones del Consejo de Ministros, una novedad destinada a perdurar hasta nuestros días. Al mismo tiempo, como se ha dicho, Washington reforzaba la posición personal del presidente, ya sea afirmando su absoluto dominio del ejecutivo, ya sea, por ejemplo, logrando hacer aceptar el principio de la precedencia y de la mayor dignidad de su cargo con respecto al de los gobernadores de los Estados, principio que muchos no deseaban aceptar. Él deseaba crear, para el presidente la imagen de guía moral y político del país; pero no una imagen autoritaria, sino humanitaria, y por ello trató de ubicarse por encima de las facciones y de interpretar el pensamiento de la nación en su conjunto. De este deseo de hacer del presidente una figura que dominara por encima de las polémicas se derivó también el formalismo del que se rodeó y que disgustó a muchos. Habiendo sido siempre un aristócrata con gran sentido de la dignidad, que jamás concedía familiaridad a nadie, exageró este punto sin tomar conciencia de ello, y le dio a la etiqueta una importancia excesiva; pero también ello debe comprenderse a la luz de la consolidación de las instituciones y de los símbolos de unidad de la nación que él perseguía tanto en el interior como en el exterior.

Dar al gobierno federal dignidad a los ojos de los ciudadanos fue, junto con el otro de evitar a la nación toda experiencia que pudiera impedir y poner en peligro su desarrollo, el motivo unitario que subyace en la política de Washington. Una administración honesta y eficaz que cree un clima de confianza entre los ciudadanos y el poder público; una política económica que "interese" a la clase dirigente en el desarrollo del país y por ende a la supervivencia del gobierno que representa al país, una política exterior que no implique a la nación en aventuras que su frágil estructura no puede aún soportar. Siguiendo estas directivas, Washington intentaba reforzar y unir al país, convencido como lo estaba de que "nuestro interés, si bien diversificado en las cuestiones locales y de menor importancia, es idéntico para todos en los problemas mayores y esenciales para la nación". En el campo administrativo, Washington alcanzó sus objetivos gracias a sus propias dotes de buen sentido y de capacidad organizativa; en materia económica, sin embargo, él no era competente y permitió entonces que fuera Alexander Hamilton quien la dirigiera. Ello no significa que Washington se dejara arrastrar en la estela de su joven colaborador, sino que estaba convencido de la justicia de su política, a la que consideraba capaz de reportar bienestar al país y de reforzar la confianza de la población en el gobierno. En consecuencia, por sugerencia de Hamilton, el gobierno federal aceptó pagar íntegramente las deudas contraídas por la guerra; fundó un Banco nacional para controlar toda la política financiera del país; estableció un régimen aduanero proteccionista para desarrollar la industria nacional y en general, siguió la política de alentar los intereses de las clases comerciales e industriales. No se puede negar que se trataba de una política acertada y de gran aliento, pero si con ella Washington esperaba consolidar el apoyo del país al gobierno, en realidad obtuvo el efecto opuesto. Los antiguos adversarios de la Constitución federal, sostenedores de un ejecutivo no demasiado fuerte, y los partidarios del desarrollo agrícola del país, en nombre de ideales democráti-

cos que serían aplastados por el industrialismo, comenzaron a atacar al gobierno y, lentamente, pasaron a atacar también a Washington, quien fue considerado por ellos como un simple títere en manos de Hamilton. Pero Washington no se rindió y, a costa de deber abandonar su propia posición de símbolo de la unión nacional, prosiguió en aquella política que consideraba la mejor para el país en su conjunto. Al seguirla, sin embargo, no perseguía el "bien nacional" abstracto, sino la consolidación de su específico ideal social, democrático en la medida en que se basaba en la participación de todos en la vida política y económica, pero conservador porque sostenía la necesidad de la permanencia en los puestos clave de aquellos miembros de las clases superiores que habían dirigido la vida política de las colonias y que eran garantía de orden y de legalidad para el país. Este amor suyo por el orden y su decidida incomprensión de las razones de los movimientos populares se demostró también a propósito de la denominada "rebelión del whisky". La misma nació de la imposición, sugerida por Hamilton y fuertemente desaprobada por Jefferson, de un impuesto sobre el whisky destilado aún en forma privada. Ello perjudicó en particular a los intereses de los campesinos de Pennsylvania oriental, que de la destilación del whisky obtenían sus mayores ganancias, y el descontento popular se transformó, luego de algunos años, en abierta rebelión. Washington no dudó en aplastarla, enviando al lugar 15.000 hombres de la milicia de tres Estados, un ejército igual a aquel que había obligado a Cornwallis a la rendición. En su discurso al Congreso de 1794 dijo al respecto: "... es con el más profundo pesar que, mientras observamos la prosperidad general de nuestro país y pensamos en la riqueza, el poder y la felicidad a que el mismo parece destinado, debe anunciaros que algunos de los ciudadanos de los Estados Unidos han sido capaces de sublevarse"; palabras en las que suena la tristeza de Washington ante un fenómeno tan inexplicable como la ruptura del orden y de la armonía civil. En su mundo moral, clásicamente construido sobre conceptos de razón y deber, los irracionales movimientos de Pennsylvania, nacidos para defender intereses particulares, no tenían lugar porque no tenían en cuenta lo que, por el momento, era la primera necesidad de la nación, es decir, la consolidación de su unidad. De aquí las graves medidas que él tomara contra los rebeldes; medidas con las que, sin embargo, alcanzó en escala nacional su propio objetivo, que era el de demostrar la fuerza y la decisión del ejecutivo y su capacidad para hacer aplicar la ley.

También en política exterior la acción de Washington fue decidida y perentoria. Desde el primer año de su presidencia reivindicó su propio derecho de decisión en la materia y sólo dejó al Senado un poder de control *post factum*; luego trató de mantener a los Estados Unidos alejados de las tempestades políticas que trastornaban a Europa. En efecto, veía la fragilidad de su posición internacional, en peligro como se hallaban, luego del tratado de alianza de 1778, de convertirse en satélites de Francia, o bien de tornarse objeto de las renovadas codicias territoriales de Gran Bretaña y España que, con sus posesiones, los ceñían en el norte y en el sur y estaban intentando una obra de infiltración en las selváticas regiones del Mississipi similar a la que los franceses habían iniciado cuarenta años antes. En consecuencia, Washington siguió una política premonitoria de la famosa doctrina Monroe, sosteniendo, en la medida de lo posible, que la esfera de influencia de las naciones europeas no debía ampliarse al continente americano. También en este caso fue el convencimiento de que la consolidación interna no habría servido para mucho si los Estados Unidos se veían implicados en guerras con las potencias europeas, lo que formó su posición y se la hizo mantener aún a riesgo de provocar fuertes oposiciones en el país. La prueba más dura que el gobierno de Washington debió soportar tuvo lugar con motivo del estallido de la Revolución francesa. Todos los americanos, en efecto, sentían una deuda de reconocimiento para con Francia y estaban dispuestos a pagarla; muchísimos veían en la Revolución francesa la prosecución de la americana y consideraban que los Estados Unidos debían intervenir en la lucha contra los países reaccionarios que se estaba desarrollando en Europa; pero Washington era de opinión contraria, como hemos visto, e hizo todo lo necesario para mantenerse fuera de la contienda. En 1793, cuando llegó la noticia de que Francia había declarado la guerra a Inglaterra, su primera reacción fue la de escribir, desde Mount Vernon, donde se encontraba, al ministro de Exterior Thomas Jefferson, ordenándole impedir a todo costo que los ciudadanos americanos realizaran actos tales de implicar a los Estados Unidos en la guerra. A ello siguió una declaración de estricta neutralidad que fue recibida en el país con grandes manifestaciones de protesta en las que participaron millares de personas. Pero Washington se mostró inconmovible y rechazó los consejos contrarios de Jefferson, al punto que este último, a fines de 1793, presentó su renuncia y se colocó a la cabeza del partido antifederalista comenzando una violenta campaña contra el gobierno. De ninguna manera atemorizado, Washington continuó su política, y antes bien se acercó a Inglaterra, enviando a John Jay a Londres para negociar un tratado que liquidara todas las cuestiones pendientes entre los dos Estados. El tratado con Inglaterra, si bien suscitó violentas reacciones en América, dio comienzo a un descongelamiento que liberó a los Estados Unidos de múltiples preocupaciones acerca del estado de los límites en el norte, y por lo mismo debe ser considerado como un éxito de la política exterior de Washington. Sin embargo, el mismo no debe ser considerado solamente como un feliz acto diplomático, sino como una inevitable consecuencia de la ideología de los federalistas. En efecto, los Estados Unidos eran un país de cultura y de tradición inglesas y mantenían estrechísimas relaciones económicas con Inglaterra; por lo tanto, si se deseaba continuar una política de afirmación nacional basada en la consolidación de la clase dirigente tradicional, se traía a primer plano el elemento de la continuidad cultural y de los intereses económicos del país al que no podía no seguir un reacercamiento a la Gran Bretaña. En este cuadro, una política filofrancesa habría sido absurda, porque habría roto la tradición y no habría obtenido el apoyo de los hombres que eran los herederos de aquella tradición.

En 1793 Washington había aceptado un segundo nombramiento como presidente de los Estados Unidos porque estaba convencido de que su presencia en el gobierno era indispensable para subsanar la fractura que se había verificado entre federalistas y antifederalistas, es decir, él mantenía aún la ilusión de hallarse por encima de la polémica y de poder hacer aceptar a todos en rol de *pater patriae*. En 1797, a fines de su segundo mandato, esta intención había fracasado y él era identificado, con orgullo o con reproche, con el partido federalista. A nuestros ojos, ello no le quita méritos: indudablemente, no comprendió la función política de aquella nueva realidad que eran los partidos, y los identificó con las facciones y el espíritu sectario, hasta llegar a ásperas invectivas contra los antifederalistas a los que veía como a enemigos del bien público, pero esto era común a todos en aquella época y sus adversarios no fueron menos duros con él. Por el contrario, en actitud de no condescender a compromisos acerca de los problemas que consideraba esenciales, aún a riesgo de perder el puesto de semidios que había conquistado en el corazón de los americanos, es posible ver un verdadero temperamento político, sostenido por un profundo sentimiento moral. Washington no era un demagogo, y no se había convertido en héroe porque hubiera seguido las pasiones populares, sino porque su propio convencimiento de lo que él debía hacer había coincidido con lo que el pueblo deseaba. A continuación, cuando su visión política le puso en desacuerdo con una parte de la población, él no dudó en seguir hasta el fin su propio camino, y se demostró un estadista, capaz de reunir en torno a sí las fuerzas suficientes para gobernar eficazmente al país.

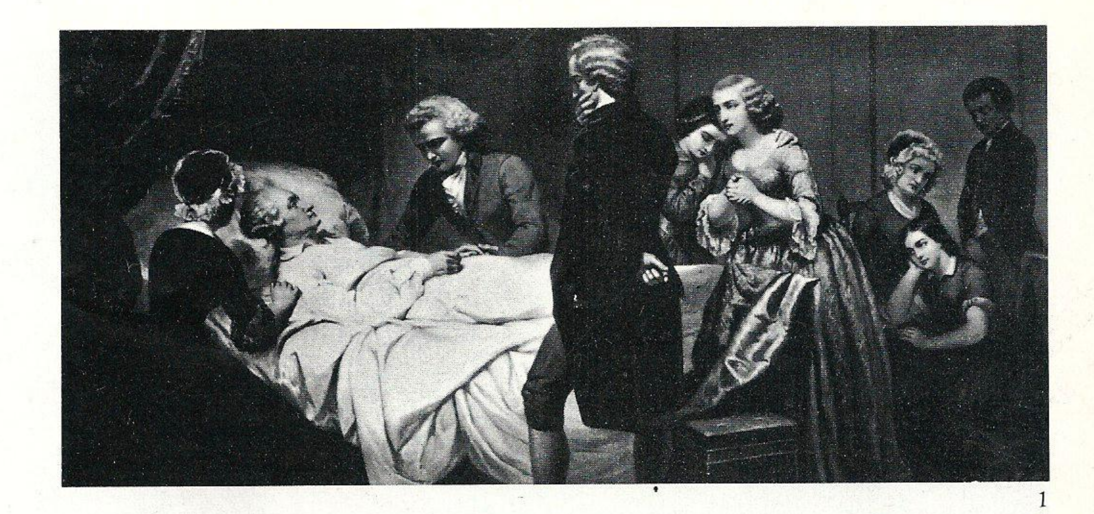
Cuando, en 1796, se negó a presentarse por tercera vez como candidato a la presidencia, dirigió a los americanos un mensaje de despedida en el que les recomendaba



*En la página 55:*

*1. George Washington en Mount Vernon. Pintura de George Hicks* (The Bettmann Archive).

*1.* La muerte de Washington. *Litografía de una pintura de Stearns* (The Bettmann Archive).



1

una vez más el ideal de vida, individual y política, que lo había guiado desde la juventud y en el cual las palabras "orden" y "unidad" servían de pedestal al concepto de "libertad". Luego se retiró a Mount Vernon, pasando los dos últimos años de su vida en aquel modo calmo y sereno que le era grato, ocupado en el cuidado de sus tierras y los numerosos huéspedes que cada día llegaban para visitarlo. Retirado de la escena política, también los más decididos adversarios olvidaron sus hostilidades para con él y se unieron en el unánime aplauso de la nación para el *pater patriae*, el símbolo reencontrado de la unidad.

**Un comentario**

Comprender y aceptar la grandeza de George Washington resulta cosa difícil para nosotros; su figura nos resulta indudablemente más lejana de lo que los dos siglos que nos separan llevarían a creer. Quien lo conocía se sentía sorprendido por su serenidad, ningún otro adjetivo podía describir mejor su actitud para con la vida, y la serenidad es un concepto carente de significado para nuestra época. Seguir los sucesos de la vida de Washington es como si contempláramos un mundo desconocido por un lado, los mismos nos parecen dictados por un deseo de provecho personal que perturba la imagen que tenemos de un héroe; por el otro, aquella fría racionalidad, que tiñe aún sus sentimientos más íntimos y encierra su vida en una rectitud cristalina, en una monolítica firmeza de estatua, como si él no fuera un hombre, y nosotros por hombre entendemos un ser de camino incierto y contradictorio, nos aleja de él y sólo nos hace esperar descubrirlo en falta. El mito de Washington, en definitiva, no nos atrae, tanto más porque carece de color, porque Washington no poseía aquellas dotes brillantes, extraordinarias, que exaltan la imaginación y permiten pensar en un héroe. Pero tampoco logramos sustraernos a la impresión de que existe cierta sordidez por parte nuestra que nos impide captar al verdadero Washington. Y a esta carencia de receptividad no se puede atribuir más que un único origen: los dos siglos transcurridos nos han desacostumbrado a la idea de una seguridad moral y filosófica capaz de forjar un individuo o, mejor, sobre la cual un individuo pueda forjarse hasta el punto de identificarse con la misma y tornarse su personificación. Washington creía en el bien y en el mal, dos conceptos contrapuestos y distintos y, sobre todo, claramente identificables; creía en el deber del hombre de perseguir el bien, porque de ello se derivaban resultados justos para sí y para los demás y, tal vez, un premio luego de la muerte; como consecuencia, buscaba con constancia el bien, actuando, con lógica y no negándose a cumplir lo que la razón le indicaba. De este modo él se creó una seguridad y una claridad interiores que le daban la posibilidad de afrontar serenamente cada situación. Y de ello también se derivó la carga de optimismo que lo acompañaba y lo impulsaba a actuar, porque cada acción era un problema a resolver, no un misterio más o menos inquietante. El racionalismo del siglo XVIII que desembocaba a fines del siglo en el neoclasicismo, había producido allende el Atlántico una personalidad de dimensión clásica, un héroe de típicas características romanas: seriedad, integridad, *pietas*, orgullo.

**Bibliografía**

*Escritos de George Washington:*

La edición completa de la correspondencia y de los escritos de George Washington se remonta al siglo pasado y fue obra de Jared Sparks: *Writings of George Washington*, 10 vols., Boston, 1834-1836. En inglés existen muchas publicaciones de sus más importantes cartas y documentos, y entre las más recientes: *Basic Writings of George Washington*, a cargo de Saxe Commins, Nueva York, 1948; *The Washington's Papers*, a cargo de Saul Pedover, Nueva York, 1955.

*Biografías*

En 1800 la biografía que consolidó el mito de Washington en América fue la de Mason L. Weemens: *The Life of Washington*, publicada en 1809; se puede considerar perteneciente a nuestro siglo, en cambio, aquella escrita por el presidente Wilson en 1896: *Washington*. Más recientes las de W. E. Woodward: *George Washington, the image and the man*, Nueva York, 1946, y Marcus Cunliffe: *George Washington, man and monument*, Boston, 1958. Fundamental por la minuciosidad de la información y también por el espíritu crítico es la biografía de D. S. Freeman, *George Washington, a biography*, 7 vol., Nueva York, 1948-1957. *Washington J.*, México, Nacional. Gandia E. de, *La independencia americana*, Bs. As., Fabril; Fiske, J., *Historia de los EE. UU.*, México, Nacional.

Otras obras que se pueden consultar: Willard Wallace, *Appeal to Arms, a military history of the American Revolution*, Nueva York, 1951; Howard Peckham, *The War of Independence, a military History*, Chicago, 1858; John Dos Passos, *The Men who made the Unión*, Garden City, 1957; Alfred Kelly, *The American Constitution: its origins an development*, Nueva York, 1963.

# Para los que quieren conocer y comprender el arte...



**BIBLIOTECA FUNDAMENTAL DE ARTE** empieza a publicar su primera obra extraordinaria:

**Vida y obra**

# Van Gogh

## Cartas a su hermano Theo

¡Todo el arte de una época a través de la vida y las cartas apasionantes de un artista genial!

**Más de 150 reproducciones a todo color...**
**Más de 200 ilustraciones en blanco y negro...**

Además, las biografías de Manet, Renoir, Cézanne, Gauguin, Toulouse-Lautrec, Monet, Pisarro y otros grandes artistas de la época, decenas de artículos sobre el impresionismo, el color y otros temas fundamentales para entender el arte contemporáneo.

**EN SOLO 14 FASCICULOS, usted podrá completar esta magnífica obra de la BIBLIOTECA FUNDAMENTAL DE ARTE, que le ofrece una serie de obras a través de las cuales usted podrá tener el panorama más completo de los grandes movimientos artísticos, vistos por sus grandes protagonistas.**

**CARTAS DE VAN GOGH A SU HERMANO THEO, de Van Gogh**
**LOS PINTORES CUBISTAS, de Apollinaire**
**TRATADO DE LA PINTURA, de Leonardo**
**LOS SALONES, de Diderot...**

*Cada obra es independiente de las demás y usted podrá completarla en pocas semanas.*

**$ 1.80** *Aparece los viernes.*

**¡Colécciónela!**

Uruguay $ 130



**Venta de afiches en CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA:** Piedras 83 - Rincón 87, Capital

Ver detalle del canje al dorso


ARGENTINA
Nº 108 al Nº 98 $ 1,50 m$n. 150.—
Nº 97 al Nº 1 $ 2,50 m$n. 250.—

COLOMBIA: $ 7.- MEXICO: $ 5 PERU: S/. 18
URUGUAY: $ 90 VENEZUELA: Bs. 2.50